



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Aldas, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Busto, Burrell, Bu trago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canales, Cabete, Carlotto, Castelar, Castro y Blanc, Canovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Corvino, Chest (conde de), Collado, Cortina, Curradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenza, Cañamaque, Calcaña, Dacarreta, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas-Echavarría (J. A.), Espín y Guillán, Estrada, Echezarray, Equiz, Escosura, Estralla, Estato, Fabá, Ferrás del Rio, Fernández y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermín Toro Flores, Figueroa-Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galeote de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Maria, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasata, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro) Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristán), Merelo, Montasinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pas a Olano, Rosell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Señoría Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viciart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Cemborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré, R. Ortiz y Beneyto

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. Sencillos líneas.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Setiembre de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Advertencias.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz Pérez.—Vasco Núñez de Balboa, por Eusebio Asquerino.—Carlos Latorre, por Antonio Guerra y Alarcón.—Santa ó culpable, por Rafael Comenge.—Iniciación (poesía), por José Zahonero.—Laura, (continuación), por Miguel M. Franco.—Francisco Salinas, por Carlos Guaza y Gómez Talavera.—Tratamiento de la obesidad, por el Dr. A. Settien.—La gran fiesta, por ***.—A una carta, por Miguel Martínez Franco.—Amor conyugal, por Rafael Comenge.—El teatro en el Japon, por Britz.—Regalo de boda, por R. Ortiz y Beneyto.—Revista de Madrid, por Antonio Guerra y Alarcón.—Anuncios.

ADVERTENCIA

Se ha encargado de la Dirección de esta REVISTA, el aventajado escritor D. Antonio Guerra y Alarcón.

Por causas del estado sanitario porque ha atravesado la Península en el pasado estío, y por lo tanto, agena á la voluntad de la nueva Dirección de esta REVISTA, se encuentra retrasada la publicación de los números correspondientes á los meses de Setiembre y Octubre.

La Dirección de LA AMERICA ruega á sus constantes suscritores perdonen esta falta involuntaria, que espera subsanar á la mayor brevedad.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO VI.

La resignación evangélica de los Pontífices ante las tropas de Victor Manuel.—Los grandes rebeldes.—La tasa del verdugo.—Consideraciones oportunas.

I

Bajo los supuestos principios de la paz cristiana, Pio IX organiza su Iglesia y se rodea de un episcopado como no ha existido jamás.

El episcopado católico cuenta en la actualidad con 1.127 Prelados, dos de los cuales han sido elegidos por el Papa León XII: el Arzobispo de Tuam en Irlanda, preconizado el 8 de Marzo de 1825, y monseñor de Mercy-Argenteau, belga, Arzobispo de Tiro «in partibus», elegido el 22 de Octubre de 1826.

De las promociones de Gregorio XVI viven 77 Obispos; de las de Pio IX 1.028.

Los Prelados que pertenecen á corporaciones religiosas son 152, divididos así: 6 Cardenales, 2 Patriarcas, 47 Arzobispos, 194 Obispos. Los Franciscanos cuentan 43, los Dominicos 28, los Benedictinos 24, la Sociedad de Misiones extranjeras de París, tiene también 24, los Padres capuchinos tienen 20, los sacerdotes de la Misión 14, los Oblatos 12, los Agustinos 10, los Jesuitas 10, los Carmelitas 10, los Redentoristas 7, los Filipinos 7, los Basílios 7, los Conventuales 6.

La carta que el Papa acaba de dirigir á estos Prelados es curiosa, y los neos todos llaman la atención de la prensa liberal de Europa sobre ciertos puntos de esta carta, que consideran de suma trascendencia.

El primero se refiere al poder temporal del Papa.

El segundo trata de la libertad del Pontífice.

La libertad que pide para facilitar el gobierno de la Iglesia universal, no es otra cosa que lo repetido una y cien veces por Pio IX, y que tantas otras se ha discutido y tantas se ha ocupado de ello la prensa y que hoy al tratarlo no, haríamos más que volver sobre argumentos ya expuestos.

La libertad del Papa, cuando su prisión existiera, sería innegable, y no puede haber nadie que no la lamentara. El Papa es jefe supremo de

la Iglesia, y los destinos de la misma Iglesia deben ser regidos por el Papa.

Pero hay un segundo punto en la carta que merece más detenido examen: es el referente á los institutos religiosos. Ciertamente, dice el Papa, que debemos lamentar la supresión de los institutos religiosos. Hemos de recordar que las congregaciones regulares llevan consigo una exención, y que todas las exenciones han sido fatales para la Iglesia, porque se han establecido con menoscabo de los derechos de la jurisdicción ordinaria. San Bernardo dijo que las exenciones eran una plaga y un semillero de discordias y enemistades; el Concilio de Trento las combatió y las hirió de muerte para lo futuro, y en la época moderna, el mismo Pio IX, en la bula Quo gravius, repitió lo que ya habían dicho varios sapientísimos del catolicismo por la Iglesia congregada.

Ciertos privilegios del clero, cuya pérdida lamenta Pio IX, no pueden ser compatibles con las necesidades de hoy. Cuando todos eran soldados, y el uso de las armas constituía el único oficio del hombre, lógico y justo era que á los pocos que se dedicaban á la vida del espíritu, al estudio y á la meditación, á ensanchar los estrechos límites en que entonces encerraba la cultura, no se les obligara al concurso personal que imponía el servicio de las armas. Existieron cuando su existencia era imprescindible.

No se priva al Papa, ni se priva al clero de las instituciones de caridad y beneficencia, porque se erijan en Roma templos y se abran escuelas heterodoxas, que la verdad presenta mayores encantos cuando combate al error.

La carta del Papa termina manifestando el propósito de no separarse de la política, siguiendo

do en esto la marcha que se propuso seguir á su advenimiento al Pontificado, que era respetar á todos y protestar de todo lo que no estuviese á su lado. Esto se llama resignación, pero á nuestro entender, resignación forzosa, porque Pio IX se encuentra hoy frente á frente con el poder del rey de Italia que tiene por sí propio medios de resistir todo género de agresiones, ya partan del interior, ya del exterior. Porque es cosa sabida que el ejército italiano cuenta actualmente en pie de paz con 12.136 oficiales y 205.314 soldados, pudiendo elevarse con el llamamiento de sus reservas á 14.168 de los primeros y 428.760 de los segundos.

El estado mayor general comprende cinco generales de ejército, 42 tenientes generales y 130 mayores generales.

El cuerpo de estado mayor se compone de 11 coroneles, 38 tenientes coroneles, 81 capitanes y 25 tenientes, á los que se agregan en concepto de auxiliares 66 capitanes y 127 secretarios.

La infantería de línea consta de 80 regimientos, dos de ellos de granaderos, á tres batallones de cuatro compañías y un depósito, lo que da un total de 240 batallones distribuidos en 40 brigadas: su fuerza en tiempo de paz es de 5.200 oficiales, 104.800 soldados y 240 caballos: en campaña aumenta su efectivo á 6.504 oficiales, 198.960 soldados y 1.920 caballos.

La infantería ligera se compone de 10 regimientos de cazadores, á cuatro batallones, é igual número de compañías que los de línea, más el depósito; ascendiendo su fuerza en pie de paz á 840 oficiales, 16.900 soldados y 40 caballos, y en guerra á 1.000, 32.700 y 300 respectivamente.

Existen además 24 compañías llamadas alpinas, que constituyen siete batallones, sólo bajo el punto de vista administrativo, y 176 compañías permanentes de distrito, reuniendo un total de 1.251 oficiales, 15.592 soldados y 86 caballos, no incluyendo tres batallones de instrucción, uno de escuela y 17 compañías de disciplina.

El arma de caballería tiene 20 regimientos distribuidos en nueve brigadas, facilitando cada uno de ellos en caso de guerra dos pelotones de 25 hombres cada uno para el servicio del estado mayor.

El efectivo es de 920 oficiales, 20.600 ginetes y 16.000 caballos.

La artillería cuenta con un estado mayor particular (191 oficiales), 10 regimientos de campaña y cuatro de fortalezas.

Constan los primeros de 10 baterías á cuatro piezas y ocho en pie de guerra, tres compañías del tren y una de depósito; de las 10 baterías, seis son divisorias y cuatro de reserva.

Cada regimiento de artillería de fortalezas, tiene 16 compañías y una de depósito. Además existen tres baterías de instrucción, dos compañías de artificieros, dos de obreros, una de armeros y otra encargada del servicio de costas.

La fuerza total del arma es de 1.321 oficiales, 21.355 soldados, 6.886 caballos y 824 piezas.

El cuerpo de ingenieros, además de su estado mayor, consta de dos regimientos con 24 compañías cada uno, de las cuales cuatro son de pontoneros, 14 de zapadores, dos de caminos de hierro, tres del tren y una de instrucción.

Su efectivo es de 498 oficiales, 4.906 soldados y 366 caballos.

Italia puede poner en segunda línea su milicia móvil ó provincial, que se halla perfectamente organizada en 140 batallones, 20 de ellos de cazadores, 30 baterías, 10 compañías del tren, 20 de artillería de plaza, 10 de zapadores, 10 secciones de sanidad, 10 de hospitales de campaña, 10 de subsistencias y cinco de administración militar; no incluyendo en estas cifras la milicia de Cerdeña, que constituye una brigada independiente, compuesta de nueve batallones de línea, dos compañías de cazadores, un escuadrón, dos baterías, dos pelotones de ingenieros y dos secciones de sanidad.

Las expresadas fuerzas permiten, pues, aumentar el ejército á 760.000 hombres, de los que 600.000 entrarían desde luego en campaña, divididos en 10 cuerpos.

¿No son por estos 760.000 soldados ante los cuales se resigna Pio IX, el apóstata, y desde su palacio protesta y grita ante el mundo? La resignación del Pontífice actual es muy peregrina. Pasa el día escribiendo documentos amenazadores y escomulgando á todos aquellos á quien se le antoja llamar enemigo de la Iglesia.

II

Precisamente es esta la política de todos sus antecesores: resistir por la fuerza ó la amenaza.

En el siglo V, Inocencio I excomulgó al emperador Arcadio, porque éste había desterrado á Juan Crisóstomo, y más tarde, cuando Alarico invade á Roma, como ahora la invadió Víctor Manuel, huye el Pontífice á Ravena, siendo tanta su caridad que no volvió á la Ciudad Eterna hasta pasado el peligro, lo mismo que hizo Pio IX en 1849.

Más tarde Pelagio I, en el siglo VI, hace matar á su antecesor Virgilio y fué cómplice de la deportación y muerte del Papa Silverio, demostrando su mansedumbre, en las exhortaciones dirigidas al emperador para que persiguiera á fuego y sangre á los cismáticos.

Mamerto I faltó á la obediencia que debía al emperador Constante, proclamándose Papa sin su consentimiento.

Gregorio III, en el siglo VIII, excomulgó á su soberano, el emperador León.

Esteban IV subió á la silla pontificia en el año de 896, después de la expulsión del antipapa. Este Pontífice fanático y rebelde hizo desenterrar el cuerpo de Formosa, su antecesor, y revistiéndole de las ropas pontificiales lo presentó al Concilio, que se reunió para juzgarle, nombrándole un abogado que le defendiese en muerte. En pleno Concilio, Esteban interrogó al cadáver preguntándole:

—¿Por qué, obispo de Porto, has llegado hasta ocupar la silla de Roma?

Y como el antiguo Prelado portugués, no podía hablar si no por boca del abogado nombrado de oficio, fué condenado, despojándole de las vestiduras sagradas, cortándosele los tres dedos de la mano derecha, enseguida la cabeza y arrojando su cuerpo á las aguas del caudaloso Tiber. Esta *farsa*, tan horrible como ridícula, hizo aparecer al Papa Esteban tan feroz y miserable, que los partidarios de Formoso, coaligados y en rebelión, levantaron la bandera de guerra, encarcelaron á Esteban y le estrangulaban en la prisión.

Juan IX trata de vindicar la memoria del Papa Formoso. Apenas ciñó la corona papal en 898, reunió un Concilio que destruyó los artículos del Sínodo, convocado por Esteban, contra su antecesor.

¿Qué contestarán á todos estos hechos los neo-católicos? Y sobre todo, ¿cuál de estos tres Pontífices era infalible? ¿Formoso, usurpador de la silla pontificia? ¿Esteban, condenando al usurpador? ¿Juan, absolviendo al condenado? Renunciamos por nuestra parte á descifrar este enigma, para continuar con los Papas humildes y llenos de espíritu evangélico.

Los tesoros de Urbano II, Inocencio III, Pascual II y Gregorio VII, eran la fe de los pueblos y sus ejércitos la bendición que daban con una mano á los obedientes y el anatema que administraban con la otra á los rebeldes.

Adrián I fué cómplice en la muerte que Carlomagno dió á su cuñado y á sus sobrinos, y Pascual II desenterró é insultó los cadáveres de Enrique IV y Clemente II.

León II dejó á su muerte doce millones de pesos, mientras que los aldeanos romanos morían de hambre y de miseria.

En el siglo IX, Pascual I asesina á dos sacer-

dotes, por haber escrito contra la dominación temporal de los Pontífices, y por la forma en que eran elegidos (1).

Gregorio IV se pone de parte de Lotario, cuando este hijo rebelde se levanta contra su padre Luis I el Gordo.

Juan VIII castigó á los obispos franceses porque no impidieron á mano armada la entrada de Luis Germánico en los Estados de su hermano Carlos el Calvo.

En el siglo X, Juan X sale á la guerra contra los sarracenos, observando una vida más licenciosa que el soldado más libertino. Cuando volvió de la guerra, en 926, hizo asesinar al Príncipe Alberico, Duque de Espoleto.

Esteban VIII fomentó las guerras civiles en Francia.

Octaviano, marqués de Toscana, tenía 18 años cuando subió al solio pontificio. Salió desde 956 á pelear en varias guerras, y su nombre, Juan XII, estaba al nivel del último aventurero. Viéndose oprimido una vez por Berangerio II de Italia, llamó en su ayuda á Othon, rey de la Germania, al cual juró obediencia y fidelidad, no obstante le hizo traición más tarde y se confederó con Alberto, hijo de Berangerio, dando origen á las facciones de *Güelfos* y *Gibelinos*, que tanto daño causaron á la Italia. Depuesto más tarde Othon, vuelve á Roma y hace quitar la vida á muchos cardenales y caballeros, viniendo á morir bajo el acerado sable de un romano que supo vengar al mundo de un monstruo que le infamaba.

Juan XIII, con su carácter despótico, obligó al pueblo romano á desterrarlo; pero habiendo vuelto á la Ciudad Eterna, con la ayuda del Emperador, cometió mil crueldades, una de ellas desenterrar el cuerpo inanimado del conde Rofredo para descuartizarlo y exponerlo en las plazas públicas.

Pascual II escribió al conde de Flandes, para que hiciese con él la guerra al Emperador «por la redención de sus pecados y la purificación de su alma.» Muerto éste, el Papa ofendido porque no le prestó ayuda, le hizo desenterrar de la iglesia de Lieja, y mandó que careciese de sepultura sagrada cinco años.

En el siglo XII, Lucio III trató de quitar á los romanos la poca libertad de que gozaban, siendo causa de que se indignase el pueblo y arrastrase á los servidores del Pontífice. Lucio publicó después un decreto mandando que los herejes fuesen castigados por la justicia secular, y confiscados sus bienes, ejemplo elocuentísimo que demostró la caridad evangélica que animaba á este Santo Pontífice.

En siglo XIII, Gregorio IX excomulga y depone al Emperador Federico II por no prestarse á ir con sus tropas á la guerra de Tierra Santa. Después de esta excomunión marchó al Asia, reconquistó Jerusalem, Bethelen y Nazarett, y Gregorio, envidioso de sus glorias, manda que le abandonasen sus soldados y le persiguieran sus capitanes, estallando por entonces las revoluciones de Lombardia y Sicilia, donde el luto y la consternación cubrió de espanto aquellos pueblos.

Inocencio IV depuso al Emperador y movió varias guerras civiles. Sus sucesores hicieron que lo expulsaran de Roma primeramente, de Génova después y últimamente de su patria, Lyon, donde se refugió por haberse negado á re-

(1) A propósito de la Bula *apostolica sedis munus* ó menos auténtica publicada por la *Gaceta de Colonia*, los diarios del Vaticano recuerdan que el modo de elección de los Papas ha variado bastantes veces.

Paurinio, en una obra dedicada al Cardenal Borromeo, hace subir esas variaciones á diez y ocho y Mabilón á seis. Según este último, la primera manera de elección duró desde San Pedro hasta Constantino; la segunda desde Constantino á Justiniano I (527); la tercera desde Justiniano I á Carlomagno (800), cuando restableció el imperio de Occidente; la cuarta desde Carlomagno á la elección del Papa Formoso (891); la quinta desde el Papa Formoso á Othon I, nombrado emperador en 936; la sexta desde Othon I á Federico Barbarroja, nombrado emperador en 1152, ó hasta el Papa Alejandro III, elegido en 1159.

cibirle en sus Estados Jaime I de Aragón, San Luis de Francia y Enrique III de Inglaterra. A la muerte del Emperador Federico, cuando la Iglesia trataba de recibirlo, persiguió y condenó á muerte al Arzobispo de Palermo, por haberle administrado en su última hora los sacramentos espirituales.

El emperador Paleólogo mandó embajadores para proyectar la unión de las iglesias de Oriente y Occidente, y Gregorio X no quería admitirlos por temor de disgustar á Carlos de Sicilia, en tanto que el cisma continuó excomulgando á Pedro III de Aragón, y promoviendo una guerra civil para destronar lo; y, como Castilla no quiso alianza con el Papa para fomentar estas intrigas, protegió una rebelión que estalló á muy poco después contra Alfonso X.

El Papa Julio II, con la espada en la mano, el casco sobre su cabeza y la coraza guardando su pecho, entró en 1513 al frente de sus tropas en Ferrara, por la brecha de la Mirandela, gritando con ira descomunal. «Ferrara, Ferrara; maldita Ferrara, cuerpo de Dios, alma del diablo no te escaparás, que arderás como un impio!»

Gregorio XI saqueó, robó, taló y quemó á Roma y á otros sesenta pueblos de sus Estados, porque se le presentaban rebeldes, valiéndose para castigar al pueblo romano de las bandas del aventurero inglés Hawkwood, quienes según el mismo Pontífice «cumplieron con un provechoso exceso su cometido.»

Y otros Papas, siguiendo la senda trazada por los citados Pontífices, hicieron en el siglo XVII y XVIII cosas más horribles aun, pues establecieron bulas para todos los pecados y regularizaron los servicios públicos de un modo vergonzoso.

III.

Acaba de exhumarse un curioso pergamino que encierra interesantes detalles sobre el sueldo de los verdugos en el siglo XVII, sueldo marcado por los Pontífices en un decreto dado en 1639.

Los registros de la Mairia de la ciudad de Amiens, capital del departamento francés del Somme, son los que nos dicen cuáles eran las ventajas anexas al empleo de ejecutor ó *sargento* de la alta justicia.

Sesenta escudos por año: 25 por el rey y 35 por la ciudad, pagaderos mensualmente y adelantados.

Además, por la ciudad cinco varas de paño de Amiens para hacerle un traje, y tiene su habitación en una casa que pertenece á dicha ciudad. Además se le da de limosna en el hospital, por Navidad: tres azumbres y tres cuartillos de trigo y otro tanto en la Pascua.

Se le otorga por salarios:

Por azotar á una persona bajo la cortina, 15 sueldos.

Por golpear y azotar una persona en las encrucijadas, 20 sueldos.

Por poner la cuerda al cuello á una persona azotada, inclusa la cuerda, 5 sueldos.

Por marcar, comprendido el fuego, 5 sueldos.

Por ahorcar y estrangular, 80 sueldos.

Por descargar el cuerpo y llevarlo al campo á la justicia ordinaria, inclusas las cuerdas, 60 sueldos.

Por cortar una mano, 40 sueldos.

Por sacar y cortar la lengua, 40 sueldos.

Por cortar la cabeza, 1 escudo y 20 sueldos.

Por poner la cabeza en un lugar eminente, llevar y ahorcar el cuerpo fuera de la ciudad, 1 escudo y 20 sueldos.

Por romper los miembros en la rueda, 1 escudo y 40 sueldos.

Si después divide al paciente en cuatro cuartos y lleva los cuatro á diversos parajes de la ciudad, tiene igual salario.

Por atezar y derramar plomo derretido en las venas, 40 sueldos.

Por descuartizar, un escudo 40 sueldos.

Por meter una persona en agua hirviendo, viva ó estrangulada, un escudo y 20 sueldos.

Si después el cuerpo se convierte en cenizas, no tiene mayor sueldo.

Por cada persona quemada y reducida á cenizas, viva ó estrangulada, un escudo y 20 sueldos.

Mediante las cuales sumas, el dicho sargento de la fuerza pública está obligado á suministrar y entregar las cuerdas, espada, cuchillo, tenazas, martillo y demás útiles; pero no á suministrar las escalas, horcas, leña, carbón, ni ningún gasto de caballería ó carro.

IV

Tales eran las tasas que el Papado imponía en retribución á los verdugos. Pero, ¿se quieren nuevas citas? Bastan con las expuestas para conocer lo que ha sido y era hasta su último día el poder temporal de la Iglesia, que todos anatematizan ya con energía, porque no hay ley que justifique semejante soberanía, ni derecho que sancione la autoridad arbitraria de los Papas. En vista, pues, de la condenación general pronunciada por la opinión pública, contra el poder temporal de los Papas, podríamos con razón admirarnos de que una soberanía cuyo fin anunciaba ya el duque de Chanlues, hace doscientos años, y predecía su ruina poco después Voltaire, subsistiese hasta nuestros días. Semejante á las respetadas ruinas de Pastum, que entristece la mirada del viajero ilustrado que recorre ansioso investigando los restos imponentes de las generaciones pasadas, en la Italia meridional; semejante á esas excelsas columnas que desafían á los siglos; á esos arcos triunfales que guardan una epopeya de gloria para la historia de la dominación romana; á esos fragmentos misteriosos de muros ennegrecidos por las injurias del tiempo; á esas estatuas modeladas por artistas gigantes y mutiladas hoy por la barbarie de la ignorancia; semejante á todos estos restos solemnes que constituyen el único prestigio de la Ciudad Eterna, el Papado ha luchado hasta sus horas postreras con las inclemencias del tiempo, siendo al fin vencido y perdiendo su poder temporal por los esfuerzos supremos de la razón y la justicia humana.

¡Ya era tiempo!

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Vasco Núñez de Balboa era natural de Jeréz de los Caballeros, de origen hidalgo, aunque pobre.

Fué patrocinado en los primeros años de su juventud por D. Pedro de Portocarrero, señor de Moguer, quien le trató, no como criado, sino como si fuera su deudo.

Eran pasados 12 años desde que Colón había descubierto la tierra firme de América, en 1492, y el primero que recorrió y visitó el nuevo continente por las costas de Paria y Cumaria, intentando poblar en la Veragua cuatro años después, sin haberlo conseguido.

En esta época, el ánimo inquieto del joven Balboa, era aguijoneado por la vehemente inclinación de seguir el ejemplo grandioso del navegante genovés; abandonó el servicio del señor de Moguer, para asociarse á la expedición de Rodrigo de Bastidas.

Juntos recorrieron las costas de Cumaria y Cartagena, en 1508, sin ánimo de poblar, sino con intento de comerciar con los naturales del país.

Bastidas, acompañado siempre de Núñez de Balboa, descubrió el golfo de Urabá; aquel fué asesinado después por los émulos de su gloria, y Núñez de Balboa se vió obligado á establecerse en la Española.

Se encontraba en la villa de Salvatierra, donde tenia algunos indios de repartimiento, cultivando su terreno, cuando Alonso de Oje-

da, uno de los aventureros más célebres, compañero de Colón, y Diego de Nicuesa fueron autorizados por Fernando el Católico, para poblar y gobernar en la tierra firme de América.

Martin Fernández Enciso era un letrado asociado á la empresa de Ojeda; se había quedado en la Española, aprestando su navio para seguirle.

Balboa, abrumado de deudas, como los demás colonos, ávido de gloria y de fortuna, quiso acompañar á Enciso, pero se lo estorbaba el edicto del almirante que prohibía salir de la isla á los deudores.

Para eludirle, se embarcó secretamente en el navio, sin conocimiento de su comandante, envuelto en una vela, y no se descubrió hasta que se hallaban en alta mar.

Enciso, irritado, le amenazó de abandonarle en la primera isla desierta que encontrase; Balboa se le humilló, los ruegos de otras personas calmaron su enojo y consintió en llevarle.

Vasco Núñez era alto de estatura, membrudo, de disposición bizarra y agraciado semblante. Mancebo de treinta y tres años, la robustez de sus miembros le hacía capaz de sufrir cualquier fatiga; su lanza era la más fuerte, y su flecha la más certera.

Eran iguales á las dotes de su cuerpo, las de su espíritu activo, vigilante y de una constancia inquebrantable.

Ojeda había arribado á Cartagena; perdió á muchos de sus compañeros en sus encuentros con los indios, y encontrando el río Darien, determinó fundar en 1510 un pueblo, que llamó *San Sebastián*.

Mas presto faltó de provisiones, disminuida su gente por la fatiga, el hambre, y por los indios feroces, acordó salir para aguardar á Enciso, y dejó el mando en su ausencia en las manos de Diego Pizarro.

Ojeda se extravió en su derrotero sin encontrar á Enciso, y Pizarro se decidía á volver á la Española con su gente, cuando vieron llegar á Enciso en un bergatín que traía 150 hombres, 15 yeguas y buena provisión de bastimentos.

Llegó á Urubá contra la voluntad de los españoles de San Sebastián, que se resistían á arrostrar otra vez las miserias y los trabajos que allí habían sufrido.

La nave de Enciso se hizo pedazos contra un vagio, sólo se salvaron nadando los hombres desnudos. La consternación fué general, todos estaban decididos á volver á la Española.

Sólo un hombre volvió á todos el ánimo y la esperanza. «Yo me acuerdo, dijo Vasco Núñez de Balboa, que los años pasados, cuando por esta costa, con Rodrigo de Bastidas, entramos en este golfo, y á la parte del Occidente saltamos en tierra, encontramos un gran río y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, habitada por gente que no ponía yerba en sus flechas...»

Con estas palabras, todos toman un nuevo aliento, siguiendo á Enciso y á Balboa, saltan en los bergantines, atraviesan el golfo, encuentran el río, el país con las circunstancias tales como las había pintado Núñez de Balboa.

Más de 500 indios guerreros, á las órdenes de su cacique *Cemaco*, hombre resuelto y feroz, ocupaban un cerro, decididos á defender su tierra.

Enciso y Balboa hacen jurar á los españoles, que apenas ascendían á ciento, mantener su puesto á muerte ó á vida, y peleando como desesperados, arrollaron á los indios, que huían despavoridos ó quedaban cautivos.

Los vencedores encontraron en el pueblo y en los cañaverales, ocultos por los indios, muchos objetos preciosos de oro fino, telas de algodón y abundantes provisiones.

Enciso envió enseguida por los españoles que habían quedado en la banda oriental, y todos regocijados fundaron la villa, que por el voto hecho antes de la batalla se llamó *Santa María de la Antigua del Darien*.

Vasco Núñez, había ganado tanta fama entre los más valientes y animados, que fué

elegido alcalde municipal del gobierno que establecieron, y quitaron el mando á Enciso.

Enrique Colmenares habia salido de la Española con dos navios cargados de armas y municiones en busca de Diego de Nicuesa, arrojado por las tormentas; bajó al golfo de Urabá, y tomó el arbitrio de disparar la artillería á ver si le respondian de alguna parte los tiros del Darien que le contestaron, le hizo dirigir su rumbo á Santa Maria la Antigua.

Colmenares repartió entre los que allí estaban, las armas y municiones que traía, y esta liberalidad le ganó los ánimos y le dió crédito bastante para que prevaleciese el dictamen de los que querian que Nicuesa los gobernara; así se acordó en el Cabildo, y partieron con el Mensaje Colmenares, Diego Avilez y Diego del Corral, que dirigieron su nave por la costa de Veragua; donde encontraron á Nicuesa.

Este descubridor habia salido de Santo Domingo con cinco navios y dos bergautines montados con 800 hombres, y de todo aquel armamento poderoso, no le quedaban más que 60 hombres; faltos de todo recurso y desesperados, aguardaban la muerte.

En tan terrible estado, recibió el Mensaje. Las desgracias habian alterado la noble índole de Nicuesa, antes festivo, generoso y circunspecto; ahora convertido en temerario, desabrido y cruel. Apenas aceptó la autoridad que le dieron los de Darien, les amenazó con castigos, y decía que sin su licencia habian tomado el oro de aquella tierra; la exaltación llegó al extremo, que Vasco Núñez le hizo embarcar en un barquichuelo, á pesar de sus protestas; sólo 18 hombres le siguieron en su infortunio, y se embarcaron el día 1.º de Marzo de 1511.

Luego Vasco Núñez formó proceso á Enciso, acusándole de haber usurpado un título que no le pertenecía, y le ordenó abandonar la colonia en el primer buque que partiera á Santo Domingo ó Europa.

El regidor Valdivia y el alcalde Zamudio, amigos de Balboa, fueron encargados de ganar con presentes la protección y el favor de Miguel de Pasamonte, árbitro de las cosas de America, por la gracia que alcanzaba con el rey Católico y con su secretario Conchillos. Los presentes ó no llegaron ó no bastaban á saciar la codicia de Pasamonte, porque sus primeros despachos al gobierno eran tan favorables á Enciso como contrarios á Balboa.

Cuando éste se encargó sólo del mando, le vieron todos ser el primero en los riesgos y en los trabajos, severo en la disciplina y afable en el trato; equitativo en las recompensas por los servicios, conciliaba los deberes de gobernador y capitán con los de camarada y amigo; todos se daban el parabién de la superioridad que en él reconocian.

Diferentes tribus de indios guerreros, que habitaban en los contornos del nuevo establecimiento, fueron sometidas á su autoridad, despues de terribles luchas; por su hábil política, conquistó la alianza de caciques poderosos que le suministraron provisiones y ricas preseas de oro.

Le servía de intérprete con los jefes de las tribus un marinero castellano, de las naves de «Nicuesa», que fué hecho prisionero y cautivo, al que Balboa encontró en Coiba.

Una india, hija del cacique Cemaco, que se la regaló por esposa á Balboa, á quien éste queria mucho, salvó su vida de las asechanzas de los indios.

Se amotinaron Alonso Pérez de la Rúa y otros de sus secuaces, bajo el pretexto del abuso que Bartolomé Hurtado hacia de la privanza del gobernador; éste, sabedor del complot, que atentaba contra su vida, fingió ir á caza, y los malcontentos se portaron con tan ruines procederes en el reparto del caudal, que los colonos principales, afrentados, prendieron á los sediciosos y llamaron á Balboa, que afirmó más su poder.

Con el indio Careta, su aliado, venció al indio Ponca, enemigo de aquél; su hijo mayor,

Consagre, más discreto que los demás, le presentó setenta esclavos y cuatro mil pesos en diferentes préseas de oro; Balboa tuvo el buen acuerdo de enviar el quinto al rey, como ya lo habia hecho antes, y los esclavos y otras alhajas á Pasamonte, que llegaron felizmente á su destino.

Consagre dijo á Balboa: «Hallaréis un cacique rico de oro que reside á distancia de seis soles, luego veréis el mar, que está hacia aquella parte», y señalaba al medio dia, pero necesitáis más de mil guerreros para esta empresa.»

Balboa regocijado partió á Darien, á participar sus brillantes esperanzas á sus compañeros é infundirles aliento para acometer tan temeraria y grandiosa empresa, enviando emisarios á Santo Domingo para que se le auxiliase con hombres y provisiones.

Mientras los aguardaba, llegaron á Santo Domingo dos navios, cargados de bastimentos, y 200 hombres que le enviaba el almirante, al mando de Cristobal Serrano, y recibió en una carta particular de Pasamonte, tesorero de Santo Domingo, el título de gobernador de aquella tierra.

Acabó su goce otra carta de Zamudio, en la que le revelaba que las quejas de Enciso contra él, habian sido atendidas en la corte por los primeros informes de Pasamonte; que en vez de agradecerle sus servicios, se le acusaba de usurpador y de intruso, y el fundador de Darien estaba mandado procesar por cargos crueles que se le hacian.

Estas nuevas aciagas, en vez de abatir su espíritu, le dieron nueva osadía para empresas mayores.

No aguardó más refuerzos, y eligió 190 de sus compañeros, los más bien armados y valerosos, los instrumentos necesarios para abrirse el paso entre los bosques y las asperezas de las sierras, 100 indios de carga y algunos perros de pelea.

Se hizo á la vela en un bergantín y diez canoas el día 1.º de Setiembre de 1513, Careta le recibió con muestras de amistad, dejó allí su escuadrilla, y el cacique le dió guías para viajar por la sierra, destruyó en la sierra de Quareguá á su señor, Torrecha, castigó á muchos indios vestidos de mujeres, con beneplácito de los demás, que le proporcionaron nuevos guías, y venciendo los obstáculos que le ofrecian las fragosidades del terreno y las luchas que se veía obligado á sostener contra los indios, vió coronados sus heroicos esfuerzos, descubriendo con entusiasmo profundo *el mar del Sur* á las diez de la mañana del 25 de Setiembre del año 1513.

EUSEBIO ASQUERINO.

¿SANTA Ó CULPABLE?

Ayer, por la tarde, los aficionados á discutir sobre política, así internacional como interior, erguidos sobre las losas de las aceras de la Puerta del Sol, vieron pasar, con sorpresa, á una muchacha, de escasos veinte años, conducida por dos guardias de Orden Público.

La energía, la altivez y el extravío de su mirada, denotaban que no era una simple falta de policía la que habia motivado la detención.

Una gran masa de desocupados se agolpó detrás de los guardias y de la prisionera. Entonces principiaron los comentarios; la detenida era hermosa según unos; bien vestida; ¡buena mujer! dijo uno; blanca como un nardo abierto, indicó otro; un ángel, añadió una chula; la virgen del Carmen, con traje de luces, exclamó un torero.

Ninguno se habia expresado con exageración, la presunta reo era preciosa, é iba vestida con sumo gusto. Notábase, sin embargo, en el traje, señales evidentes de haber sostenido una terrible lucha, y advertíanse en sus mejillas las huellas sangrientas de una mano injuriosa. El sombrero con que cubria su cabeza estaba intacto, pero el velo que debió rodear

su hermoso rostro, flotaba al viento, roto y deshilachado.

También observó una mujer del pueblo, que los cogidos de la falda habian sido desgarrados, y que en el cuerpo del vestido se descubrian las trazas de haberse arrancado con violencia algunos botones.

Seguramente no hizo el escribano de actuaciones tanta averiguación como la turba multa de desocupados, y sin temor á ser desmentidos podemos afirmar, que el juez de instrucción no paró mientes en las roturas y desgarrones del traje. Nos ha dicho quien lo oyó, que la indagatoria tuvo que suspenderse en el comienzo, porque se tropezó con una dificultad insuperable: la detenida era inglesa, y ni el juez ni el escribano sabian esta lengua, ni siquiera el francés, y ella hablaba un español deplorable.

En vista de este entorpecimiento, el señor juez, S. S., como escribió el actuario en el folio, cuarto, tomó la providencia de enviar al *Modelo*, cárcel de mujeres, á la desdichada inglesa, que, sentada en un banco del juzgado de guardia, miraba absorta todo lo que la rodeaba, sin mover un músculo de la cara.

Los curiosos no pudieron enterarse de otra cosa sino que la inglesa fué en coche, camino de la calle de Quiñones, acompañada de dos *del orden*, sin que se supiera por qué delito.

A pesar de estas oscuridades, debemos decir que los guardias habian declarado muchas cosas, y el señor juez oyó de sus labios claramente, que la detenida lo habia sido bajo la responsabilidad de un criado del marqués de los Gazules, el cual afirmó que aquella señorita habia robado y dado muerte á su señor.

Y efectivamente, la noticia era, si no exacta, aproximada, porque el juzgado de guardia, que se trasladó al palacio del marqués de los Gazules inmediatamente, encontró á éste casi moribundo, con un balazo en el vientre. Por la declaración que prestó el marqués dijo que la señorita Mary Broothers le habia disparado un revólver á boca de jarro y le habia robado cinco mil pesetas, las cuales arrojó por la ventana á la calle, de donde algún cómplice las recogió.

Preguntado cómo y por qué y de dónde conocia á la señorita Mary, no contestó. Preguntado por qué ó para qué habia ido al hotel la señorita Broothers, el señor marqués de los Gazules no pudo contestar porque, debilitado por la pérdida de sangre, se desmayó.

Los criados del marqués declararon que éste era viejo, es decir, que habia cumplido los 60 años, soltero, gruñón y sumamente tacaño. Otras particularidades manifestaron que no son del caso ni viene á cuento el recogerlas.

Parece que la señorita Mary, era totalmente desconocida en la casa; que llegó la mañana del desastre á las once, almorzó con el marqués, y despues de tomar café, el señor dió orden á los criados de que nadie le interrumpiese. Media hora más tarde, se oyeron gritos y un disparo de arma de fuego. El mayordomo, que vió correr por la escalera á la inglesa, la detuvo y la entregó á los guardias de orden público que habian acudido al fragor de la detonación. Ni más ni menos.

¿Qué habia pasado? Vamos á decirlo á los lectores.

Mary Broothers, vino á España de institutriz á casa de los condes de Nuévalos; debia enseñar francés é inglés á dos niños pequeños de los condes; pero cierto día, la condesa observó que su marido detenía demasiado las miradas sobre las líneas irreprochables de la inglesa, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, dió cincuenta duros á la institutriz y la puso de patitas en la calle.

El marqués de los Gazules, hombre de mundo y mujeriego, que habia visto y admirado en casa de Nuévalos la belleza de la muchacha, comprendió que una niña que no posee más que cincuenta duros, no es una conquista difícil en Madrid, y puso sitio á la plaza.

La siguió la pista y la encontró viviendo en un zaquizamí en compañía de una mujer semi-pordiosera, madre de dos hijos entecos y ave-llanados. Un *Tenorio* de sesenta años sabe que no puede perder el tiempo en suspiros, y como el marqués era hombre experimentado, escribió á la inglesa una carta ofreciéndole el oro y el moro. La muchacha resistió; pensaba encontrar una solución, recibir dinero de sus parientes, volver á su país, algo; ¿quién sabe en lo que confía la inocencia cuando la persigue la desgracia?

Mary necesitaba fe y la tuvo. Cierta día se acabó el último duro, y los niños de la pordiosera cayeron enfermos; su madre bajó á la calle á pedir limosna, la institutriz empeñó lo único que se había salvado ya del naufragio de su fortuna; el anillo de boda de su madre. Al siguiente día recorrió de nuevo los comercios de modas, las casas de grandes, los hoteles de enriquecidos advenedizos, buscando trabajo honrado, y no le halló.

A todos predisponía mal el idioma extranjero, la hermosura brillante, las botas rotas, el gabán hasta los pies y el sombrero de paja negra con anchas alas y una golondrina disecada por todo adorno. Desde entonces, comió de la limosna que la madre de los dos niños enfermos recojía en la calle. Uno de ellos, tenía una úlcera en el pecho, y la madre lo exhibía cuasi desnudo para mover más el ánimo de las personas caritativas.

Mary era romántica, soñadora y había leído todas las novelas de su país: creía la pobre que los ensueños de los poetas eran realidades, y una tarde entró en la tienda de un barbero con objeto de vender su magnífica cabellera.

El barbero se sonrió y le dijo, que aquella espléndida mata de cabello no tenía apenas precio en el mercado, porque los países salvajes nos surten barato y bien, y porque hasta el cabello se falsifica.

La pobre niña tuvo que contentarse con tres ó cuatro requiebros del barbero, que aún sin entenderlos fueron bastante para encender sus mejillas.

A todo esto, se recibían á diario promesas riquísimas del marqués; un porvenir brillante ó de brillantes, que viene á ser lo mismo, coches, fiestas, la holgura, el confort; cuanto fuera capaz de inventar un novelista para hacer la antítesis de la miseria.

En cierta ocasión, la extranjera, mostrando una carta del marqués á la mendiga, su bienhechora, le dijo en un castellano imposible:

—¿Qué hago? Aquí me ofrecen la felicidad y el pago de los beneficios que de ti he recibido. ¿Qué hago?

—Acuéstate, rompe esa carta, y no pienses más en ese hombre. Yo pediré limosna para todos, contestó la miserable.

—Pero esta es una situación imposible; llegará un día en que tendremos necesariamente que matarnos.

—¿Quién sabe? Aún tenemos un recurso. La l'aga de mi pobre hijo inspira mucha compasión, y aún tenemos comida para mucho tiempo, mientras dure la úlcera.

Y el niño murió, y se acabó para ellos la única fuente de riqueza. Por la noche bajaban los dos á la calle á pedir limosna con el niño bueno, un querubín con cabellos de oro, que justificaba la impropiedad de los que el misticismo pintó en los tripticos antiguos, y no encontraban la mano cristiana que debía socorrer al pobre, sino la garra del diablo, que las invitaba al placer.

En cierta ocasión se pasaron dos días sin comer, al cabo de los cuales el marqués de Cantueso anunció, por medio de la portera, una visita á la señorita Broothers. Esta le recibió, y prometió al marqués ir á su casa y ponerse á su disposición.

Cantueso tuvo la magnanimidad de regalar cinco duros á la mendiga. Cuando el viejo aristócrata desapareció, la mendiga tuvo un rasgo heróico; se acercó á la inglesa y la dijo:

—Oye, Mary, sé que lo que vas á hacer te repugna, por mí no lo hagas.

—Pues por mí no hubiese recibido á ese monstruo, contestó Mary.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Este dinero mancha. A la calle con él.

Y lo arrojó por la ventana.

—¡Desgraciada! ¿y qué vamos á hacer sin dinero y sin comida?

—Morir, puesto que Dios lo quiere.

A la mañana siguiente la infeliz pordiosera estaba como loca, cuando Mary la dijo que tenía un proyecto salvador: abrió los ojos desmesuradamente y sonrió con estupidez, encogiéndose de hombros.

—Sígueme, le dijo Mary, y la pobre la siguió.

—En la calle, Mary explicó á su amiga y compañera el plan; era preciso tomar el dinero ofrecido por el marqués y luego huir lejos, á su país, á Escocia, y después, trabajar. Mary subiría á ver al señor marqués, y ella esperaría en la calle. No tardaría en bajar; tenía un proyecto, pero necesitaba ser fielmente obedecida.

Llegaron al hotel y la inglesa entró preguntando por el dueño. Se la esperaba; la mesa estaba puesta, y el marqués en la antesala, limpio y perfumado. Quiso decirle frases galantes, y Mary no lo consintió; ella quería saber á qué atenerse; estaba pobre, necesitaba dinero, ¿se lo daría el marqués?

—Cuanto pidas, hija, todo lo que poseo es tuyo, dijo Gazules inclinándose.

Almorzaron poco, ligeramente, Mary estaba nerviosa. Aun no habían llegado á los postres, y ya había planteado de nuevo la cuestión del dinero. Gazules, al quedarse solo, como hombre experimentado, intentó parar tanta petición con un abrazo; pero la inglesa le rechazó con violencia, diciéndole que era preciso que él cumpliera primero sus ofrecimientos.

El banquero estaba loco; abrió la caja, cogió un manojito de billetes y se los dió á Mary; esta se asomó por una ventana y los echó á la pordiosera.

—Toma, la dijo, vete á casa, y no digas á nadie que ese dinero procede de mí.

La pordiosera lanzó una carcajada estúpida y huyó velozmente, llevándose los billetes de Banco.

—Vamos, hermosa, dijo el marqués; ya has visto que cumplo mis promesas: no seas arisca y acércate.

—Señor marqués, le contestó Mary secamente; ese dinero servirá para salvar del hambre y de la miseria á una familia honrada. Ahora, como no estoy dispuesta á acceder á los deseos de usted, puede usted entregarme á la autoridad; prefiero a venderme, ser ladrona.

Gazules se echó á reír, ¡qué tontera! para romanticismos estaba él. Pero la institutriz no deponía su actitud trágica; el marqués, le hizo reflexiones amistosas, lloró, suspiró, se puso de rodillas, todo inútil. Mary, no quería más que ser llevada á la cárcel. Entonces ciego de ira, la amenazó, la niña no hizo caso; miraba fijamente un revólver que había sobre una mesa.

—Serás mía, de grado ó por fuerza; exclamó fuera de sí el marqués, dirigiéndose hácia la jóven.

—Atrás, gritó una cogiendo el revólver y apuntando al pecho del banquero; si se acerca usted le mato como á un perro,

—Sea, dijo el marqués poniendo uda mano sobre el hombre de Mary.

Comenzó entonces una lucha digna de los tiempos mitológicos, un sátiro no hubiese forcejado más para apoderarse de una ninfa. Sonó un tiro y el marqués rodó por los suelos.

Abierto está el sumario, y en él ha prestado declaración la mendiga. El marqués ha muerto, y Mary sigue grave.

Se nos ocurre una pregunta, ¿qué juez enterado de la verdad del caso, se atreverá á condenar á la inglesa?

RAFAEL COMENGE.

CARLOS LATORRE

Fué Latorre el artista trágico, heredero de las tradiciones de Maíquez, educado en la buena escuela francesa de Talma. El actor querido del pueblo español, conocido y admirado por nuestros abuelos, cuyos triunfos han presenciado, contribuyendo á ellos, aplaudiendo sus dotes de gran artista, lo mismo en Madrid que en Barcelona, en Granada y otras partes.

En efecto, CARLOS LATORRE era un actor eminente, supo adquirir todas las facultades, que para tan difícil carrera se necesitaban, ó mejor dicho, nació con ellas y las cultivó con esmero.

Nació en Toro, el 2 de Noviembre de 1799, siendo su padre Intendente de Rentas de aquella población.

Su educación primera fué escogida, pero su decisión por el teatro no se realizó hasta que emigrado con su padre á Francia, á la edad de catorce años, logró iniciarse en todos los secretos de la oratoria, concurrendo asiduamente á los teatros, á las Cámaras y tribunales franceses, en donde observaba á los artistas y oradores más afamados. El francés llegó á ser su idioma favorito, y tan admirablemente lo poseía, que hasta en francés llegó á representar más adelante en París.

Decidióse por el teatro, como profesión ó carrera, en 1823, cuando regresando con su familia á España, terminada la situación política que le había alejado de ella, podía dedicarse de lleno á alguna ciencia ó arte. Sus triunfos fueron rápidos y divulgados prontamente, corriendo el nombre de Latorre de unos á otros labios como una verdadera notabilidad.

Latorre, buen ginete, diestro en las armas y de gallarda y aventajada estatura, había adquirido en Francia una educación y unos modales que le hacían modelo sobre la escena. Grimaldi, el director más inteligente que han tenido nuestros teatros, había amoldado sus formas clásicas y su mímica greco-francesa á las exigencias del teatro moderno, haciéndole representar el capitán Buridán de *Margarita de Borgoña* de una manera tan intachable como asombrosa y desacostumbrada en nuestro teatro.

En la tragedia *Otelo* cautivó por su arrogante figura y sus maneras cultas y elegantes.

En otra tragedia, *Oscir*, desempeñó igualmente el papel de protagonista, obteniendo unánimes aplausos, que hallando eco en toda España, hicieron ambicionasen poseer á Latorre todas las empresas de teatro.

El teatro de Granada fué el más afortunado, pues en 1825 consiguió contratarle, ejecutando Latorre en la ciudad morisca las tragedias *Pelayo* y *El Cid*.

En Madrid trabajó también con la célebre actriz Concepción Rodríguez,—y las no menos célebres Antera y Joaquina Baus, heredera esta última de los papeles del teatro antiguo de la Rita Luna, y hermosísima dama de *Lo cierto por lo dudoso*,—representando las tragedias escritas expresamente para los dos, y tituladas *Dido*, *Ifigenia*, *Doña Inés de Castro* y la comedia *Un momento de imprudencia*.

Desde entonces sus triunfos se repartieron entre los teatros, ya de Madrid y de Granada, ya de Sevilla y de Barcelona, llegando al colmo de la creación dramática con la representación de la célebre tragedia *Edipo*, original de Martínez de la Rosa.

Con esta tragedia obtuvo Latorre triunfos brillantísimos, realizando en su representación verdaderos prodigios de creación dramática.

Cuanto pueden hacer el buen gusto y el entendimiento del hombre docto, laborioso, perspicaz y correcto, otro tanto hubo que admirar en Latorre en la interpretación del *Edipo*, de Martínez de la Rosa.

Gran triunfo fué conmover á un público como el nuestro, con el eco de las tumbas de Tebas.

Todo esto y cuanto se diga en elogio del arte esquisito con que el actor ayudó al poeta á dar interés de drama moderno á un tema tan vetusto; todo esto, nos parece justo, y aún se nos antoja pequeña loa.

Al consignar, pues, algunos datos sobre la vida del inmortal Latorre, como actor, no es posible prescindir del extraordinario influjo que tuvo en el movimiento de reacción artística que imprimió carácter á las postrimerías del primer tercio de nuestro siglo.

Trascurrían por entonces los aciagos tiempos de 1827 á 1828, en pleno absolutismo del rey Don

Fernando VII, «y bajo la férula paternal de su gran visir D. Tadeo Francisco de Calomarde.»

Una malhadada censura tan suspicaz como ignorante y arbitraria, cortaba toda comunicación intelectual entre los hombres pensadores y la opinión. Sin tribuna, sin prensa, sin libros, la voz de la ciencia enmudecía, el esplendor de las letras se apagaba, y los varones más esclarecidos de la época, como Quintana, Gallego, Saavedra, Toreno y Martínez de la Rosa, se hallaban oscurecidos, ocultos, incapacitados.

La juventud estudiosa, la juventud literaria y artística, la que había de ser un día gloria y galardón de la patria, reuníase privadamente, perfeccionaba sus conocimientos y elaboraba lentamente un nuevo espíritu, el espíritu liberal y regenerador que á despecho de los gobernantes, vibraba ya en la atmósfera.

Y por eso al estallar la guerra civil, mientras una parte del elemento joven desnuda la espada que había de esgrimir con tanto valor como entusiasmo contra las legiones del pretendiente, otra parte de la juventud, roto ya el freno religioso y político que oprimía las inteligencias, realiza una evolución literaria radicalísima, destruyendo los moldes antiguos del arte clásico, y aclimatando, ó poco menos, el romanticismo, merced á esfuerzos tan gloriosos como los de Martínez de la Rosa en su tragedia *La Conjuración de Venecia*, del Duque de Rivas en *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, García Gutiérrez con *El Trovador*, Hartzenbusch con *Los amantes de Teruel* y Larra con el *Macías*.

Poetas de tan soberano aliento habían menester de un intérprete de gigantesca talla, y le tuvieron á fe en Latorre.

Los triunfos que alcanzó en aquella brillante época no son para descritos; fueron tantos como funciones, hasta el punto que no se presentó una sola vez en la escena que no despertara el frenético entusiasmo de los espectadores.

Latorre había hecho un acabado estudio del corazón humano, de las pasiones humanas, de las voluntades humanas, del amor, de la sociedad y de la historia. A todos los sentimientos del hombre sabía darles vida y á todas las creaciones del poeta realidad.

El arte de Talma y Maíquez, tuvo en Carlos Latorre uno de sus más dignos cultivadores.

Las pasiones más dulces, las más bellas, las más arrebatadas, las más sublimes, encontraron en él aptitudes y acentos que se expresaban con claridad suma el estado del personaje que el actor representaba.

El difícil teatro de Shakespeare, era el predilecto de Latorre.

Con una obra del inmortal autor dramático inglés, hizo su aparición en la escena con *Otelo*, cuyo protagonista interpretaba tal como Shakespeare podía únicamente imaginar aquella encarnación del amor apasionado que enloquece, de los celos que matan.

Era de admirar ver cómo presentaba Carlos Latorre la figura del moro de Venecia. Sus ademanes, sus gestos, su voz, eran algo salvajes, como el carácter de Otelo.

Era Latorre actor que meditaba seriamente sobre lo que había de hacer en la escena al interpretar cualquier pensamiento, que ahondaba con fino escalpelo en el estudio de los caracteres dramáticos; y tenía, por último, el dominio del arte que se necesita para disimular ó ocultar labor tan prolija y difícil, de modo que cuanto ejecutaba parecía nacido espontáneamente como consecuencia lógica y natural de la situación del personaje que representaba.

Merced á ese estudio profundo y constante, logró bordar de primorosos pormenores los caracteres que ponía de bulto en la escena, sin apartarse nunca del camino trazado por los elementos esenciales que los constituyen, ni caer, como tantos otros, en chocantes ó absurdas contradicciones.

Carlos Latorre consagró al arte escénico, desde el momento en que hizo su aparición en el teatro, todo fuego de su poderoso sentimiento, toda la savia de su inteligencia, todo el esfuerzo de su voluntad. A esto debe, pues, el haber descollado entre todos los actores de aquella época; á esto se debe el que no se extinga en nuestra patria la gloriosa etapa del arte dramático iniciada por Maíquez.

Riqueza y galanura de imaginación, estudios detenidos, laboriosidad infatigable, inspiración fecunda, arrogante figura y continente digno. Tales son

las dotes que avaloraba el insigne artista de que nos ocupamos.

En 1838 hizo un viaje á París, y en uno de los principales teatros de aquella capital, cerebro de la humanidad, que creía empuñar el cetro de todas las bellas artes, letras y ciencias, representó Latorre con gran perfección en francés las tragedias *Don Sebastián de Portugal* y el *Hamlet* de Shakespeare, entusiasmando al público parisiense.

De vuelta á Madrid trabajó siempre con aplauso durante los años 1840, 41 y 42 en los teatros del Príncipe y de la Cruz.

Una serie de gloriosos triunfos escénicos constituyó el resto de su infatigable existencia.

El 11 de Octubre de 1251, cuando contaba cincuenta y dos años de edad, bajó al sepulcro Carlos Latorre, dejando un ejemplo nobilísimo, aunque muy difícil, por lo que desde entonces acá hemos visto, de igualar, una página honrosísima en la historia del arte escénico y un recuerdo inolvidable á la posteridad.

La muerte de tan insigne actor hizo prorrumpir á la inspirada musa de D. Manuel Fernández y González en la siguiente sentida *elegía*:

«Hélo sin voz, el que arrancó al pasado
cien héroes y otros cien, y les dió aliento:
hélo cadáver: aún ayer sonaban
entusiastas aplausos en su oído,
y hoy polvo y corrupción. La musa hispana
su postrer homenaje le tributa,
y no ya el goce del ansiado triunfo
responde el noble corazón latiendo.
La mentira pasó, pasó la vida,
y la verdad eterna, incomprensible,
la tremenda verdad, para él descorre
su negro velo que rasgó la muerte.

¡Carlos! si de ese abismo inmensurable
gira la creación, tras la grandeza
tu espíritu me escucha, oye propicio
el postrimer adios que desde el fondo
de un corazón leal á tí se eleva.

Digno de lo que fuiste, yo no puedo
consagrarte un gemido de mi lira,
mas á dó eterno vives, y no alcanza
la mortal vanidad, mi afecto sube.
Otros, de gloria, en inspirado plectro,
á tu genio inmortal egregio canto
entonen más dichosos; yo tan sólo
cuanto tu muerte de dolor me inspira
decirte quiero, y añadir, inculta,
una pálida flor á la corona
de lauro divo que tu sien rodea.

Fuérame, en vez de lamentar tu muerte,
de un Dios dado el poder, y «Alza, cadáver
»del polvo de la fosa» te diría:

»¡alza! ¡tormenta! ¡el atónito concurso
«vuelva á escuchar tu voz! zumba en tu oído
»una vez y otra vez el alto aplauso,
»y una vez y otra vez deba el poeta
»á tu gigante inspiración su fama.....»

Mas sueños, sueños son, que la inflexible
sentencia del Eterno, nadie borra.
Quien nace ha de morir, así está escrito.

¡Carlos! adios, hasta el incierto día!
Tal vez el sol, al fulgurar mañana
aquí en reposo me verá contigo.

Hasta entonces ¡adios! ¡en paz te queda!»

Carlos Latorre reunía condiciones de verdadero genio, y no le faltó ninguna de las comunes á todos ellos: no murió rico, y la inhumación de sus restos fué modesta,

Acaso sus queridos despojos se hubieran perdido en la vasta mansión de los muertos, si algunos espíritus generosos, rindiendo digno tributo de gratitud á aquel ilustre compatriota, no hubieran dispuesto guardarlos en paraje seguro, como su memoria se guarda con veneración respetuosa. Con efecto, los actores D. Julián Romea, D. Joaquín Arjona y D. Manuel Catalina, siendo directores respectivamente de los teatros de Variedades, Circo y Príncipe, dispusieron una función extraordinaria en este último coliseo, con cuyos productos había de dedicarse un nicho perpetuo á tan insigne actor. Los productos de la función aquella no fueron despreciables, y el loable proyecto se llevó á cabo.

Autorizada la exhumación del cadáver, que yacía en el cementerio general de la Puerta de Toledo, fué trasladado á la capilla de los actores sita en la iglesia de San Sebastián, donde permaneció todo un día; á las seis de la tarde del mismo; los restos de Carlos Latorre fueron conducidos al cementerio de

San Nicolás, y colocados en el panteón número 2 en la rotunda del patio nuevo. Ambas conducciones ofrecieron un espectáculo por extremo conmovedor y solemne; numerosa comitiva acompañó al féretro, compuesta de escritores, poetas, periodistas, académicos y actores. La Academia de la Lengua estuvo representada por los Sres. Hartzenbusch, Rubí, Tamayo, Cañete y Ferrer del Río, el clero parroquial por el teniente cura Sr. Laforga. Las cintas del féretro, cubierto á la sazón con el manto de Carlos III, llevábanlas los Sres. D. Tomás Rodríguez Rubí y D. Luis Egulíaz, D. Julián Romea y D. Joaquín Arjona, D. Juan Catalina y D. Antonio Pizarroso, y presidían, en fin, el cortejo los iniciadores de la idea promovedora de aquel magnífico acto.

Al pasar la fúnebre comitiva ante el teatro del Príncipe y ante la casa en cuyos balcones se hallaban las niñas de la sociedad dramática *La Infantil*, todas vestidas de blanco, cubriése el carro mortuario de coronas, flores y versos.

Un gentío inmenso, agolpado á ambos lados de la carrera que el cortejo siguió, rendía así su homenaje de admiración á la memoria del artista que con tan indisputables títulos ejerció la soberanía de la declamación dramática.

Antes de ver representar á Latorre, juzgábase acerca del arte tal como el arte debe considerarse, esto es, como la representación bella de lo verdadero, soñando con un ideal que crefese irrealizable.

En Velázquez se contempla el bello ideal de la pintura; la naturaleza, sorprendida y trasladada á un lienzo animado, convertido en un espacio poblado de seres vivientes, aunque mudos é inmóviles: en la dramática, Shakespeare nos había revelado personajes asombrosos, gigantes, llenos de una verdad aterradora: en el poema, Dante nos había hecho estremecer con las pasiones de los condenados de su infierno; pero en la escena no se había visto nada que se pareciera á este bello ideal; queríase el actor que se trasfigurase en el personaje representado por él, que le animase, que le diese vida, que sintiese como él debía sentir, que revelase por completo el *Hamlet* de Shakespeare, el *Orestes* de Squilo, el *Edipo* de Sófocles; queríase ver, oír, sentir á los personajes creados por los grandes genios: no lo creíamos posible; habíase renunciado á este deseo, cuando he aquí que un actor se presenta en la escena del teatro español, modesto, silencioso, sin que le hubiera precedido recomendación alguna, representando á *Otelo*.

El alma de los españoles se conmovió de alegría; Carlos Latorre realizó, cuando menos se esperaba, aquel bello ideal con relación al arte escénico.

Carlos Latorre era el genio poderoso que todo lo sabía, que todo lo adivinaba, que sentía de una manera exacta; no era la inteligencia que estudia y comprende y representa con arreglo á un arte convencional, que obedecía á preceptos de escuela, que imitaba y copiaba, que añadía un individuo más á una colección conocidísima en la cual todos los ejemplares se parecen, no: Carlos Latorre no obedecía á ningún precepto, no copiaba á nadie, no se parecía á nadie, no pertenecía á ninguna escuela; era clásico,—por más que fuera campeón decidido del romanticismo,—como no puede menos de ser clásico todo lo que dentro del arte es verdadero: Carlos Latorre no conocía más precepto que el sentimiento, ni otro maestro ni otro guía que su corazón.

Por eso era siempre correcto; por eso conmovía y admiraba siempre; por eso era múltiple en sus manifestaciones, como es múltiple en las suyas la naturaleza; por eso sorprendía en él la riqueza, la variedad, la delicadeza, la profundidad, la originalidad de los detalles; por eso producía en el espectador una ilusión tan completa; por eso la individualidad de Carlos Latorre desaparecía absorbida por el personaje fantástico á que daba cuerpo, voz, expresión, pasiones, vida; en una palabra, por eso Carlos Latorre, en la escena, no era un actor; era una resurrección continua, era Otelo, Pelayo, Manrique, Diego Marsilla, Hamlet, cuantos seres pasan por ella, encontrando en ella una vida real, una vida admirable.

Latorre no estudiaba, no necesitaba estudiar: era una organización maravillosa, creada para sentir, para servir de conductor á la inspiración de los grandes genios, á ese *quid divinum*, á ese fuego sacro que parece emanado de la divinidad y que lleva á los elegidos la omnisciencia de la divinidad: Latorre no buscaba lo que hacía, lo que hacía venía á él envuelto en la inspiración: cuando Latorre lloraba

lo hacía de verdad; cuando palidecía, era que su sangre aflujía á su corazón; cuando enrojecía era que su sangre se agolpaba á sus mejillas; cuando lanzaba el horrible grito de la muerte era que había sentido el frío de la puñalada; era, en fin, que Latorre, se trasfiguraba en el personaje que representaba, que le sentía dentro de sí, que, por un fenómeno magnético del genio, vivía en él.

Nunca el estudio puede producir una verdad tan conmovedora como la que producía Carlos Latorre en *Otelo*, *Edipo*, *Pelayo*, *Hamlet*, *El Trovador*, *Los Amantes de Teruel*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *El Zapatero y el Rey* y tantas otras obras en que tomaba parte: el estudio es el análisis, la razón que depura, y que en la escena da siempre el mal resultado de lo artificial, que revela el artificio. Latorre, pues, no estudiaba de esa manera; su estudio se reducía á comprender el carácter del personaje que había de representar, inspirándose en él, por medio del sentimiento; y como Latorre sentía de una manera recta, de aquí que su inspiración no desbarrase jamás, no deliraba, no se perdía en lo inverosímil ni en lo absurdo: de aquí que su semblante, su voz, sus lágrimas, fueran siempre perfectamente adaptables á la situación que representaba; de aquí su admirable flexibilidad, su maravillosa espontaneidad, su riqueza de inapreciables detalles, su bravura, su sentimiento, su trasfiguración, en una palabra.

Carlos Latorre fué la realización portentosa del bello ideal del arte escénico, que con su poderosa magia se apoderaba del corazón de los espectadores y les obligaba á sentir como él sentía: privilegiada criatura para la cual la escena fué un trono, y cuyo busto aparece ante nuestros ojos coronado por la aureola del genio: Carlos Latorre fué el único representante del genio en su época, fué sólo, no admitía comparación: toda envidia que le acometió irritada, se arrastró á sus pies como un reptil sin tocarle.

Pero el genio camina solo, desventurado y triste por el árido desierto de la vida: le comprenden muy pocos, y en vano busca desesperado el premio que su noble ambición ansía; camina descalzo y pobre, y ve pasar junto á sí engreídas y vanas, soberbias estúpidas que se atreven á despreciarle.

Y eso que en nuestra época no se considera al cómico como se le consideraba en otros tiempos en que se le tenía en España como un ser envilecido; su profesión se creía degradante, y no se le concedía ni aun el derecho de enterrarle en sagrado.

De aquellos tiempos á estos el actor ha variado mucho; en nuestra época se le considera como lo que es, como un verdadero artista; pero á pesar de esta estimación es más desgraciado que todos los demás artistas. El pintor deja lienzos manchados con esas tintas maravillosas que robó á un rayo de sol, á las lágrimas de una nube, ó á la hermosa figura de un personaje histórico que duerme entre los empolvados pergaminos de un códice. El poeta deja su alma y sus sueños entre las hojas de los libros, que se perpetuarán de generación en generación. El músico, el compositor, porque al simple ejecutante le pasa lo mismo que al actor, arroja para siempre sobre el pentagrama esa multitud de puntitos negros que se llaman notas, y que al solo movimiento de una *batuta* saltan sobre los violines y sobre los demás instrumentos de la orquesta, y suben y bajan, ya por las cuerdas, ya por las llaves, produciendo aquellas armonías que nacieron de las oscilaciones del alma del artista.

En cambio, el actor no deja más que el recuerdo, que se extingue con la memoria que lo lleva, el aplauso que se apaga, y las marchitas coronas de laurel que ciñeron su frente.

Sólo á colosos como Carlos Latorre es dado hacer que su gloria viva siempre perenne en el corazón de los españoles, amantes del esplendor del arte escénico.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

INICIACIÓN.

Á ENRIQUETA

I

Era una boardilla estrecha
mi habitación y mi encierro;
un cajón sobre las tejas
vecino de los vencejos,
con avaricias de luz
y profusiones de negro,

apéndice de las casas]
y prólogo de los cielos,
por el cual quiso cobrarme
yo no sé cuanto el casero,
mas yo que fui previsor
tomé las de Villadiego.

¡Era yo entonces un pájaro
de rapidísimo vuelo!

Estaba aquella bohardilla
como estaba mi cerebro,
revuelta, y en el trastorno
de un curioso desconcierto.
Allí un montón de papeles
y un arcón de libros viejos;
muchos empeños polluelos
en el nido del tintero,
y escritos ya terminados
para entregarlos al vientos;
un busto de Castelar
y un Garibaldi de yeso,
discursos del gran tribuno
repartidos por el suelo;
junto á un gorro colorado
una montera de pelo,
y en la ventana clavada
la pelleja de un conejo;
un tiestecillo con flores
y una jaula en el alero
con su huésped periquín,
¡El pobrecillo ya ha muerto!
¡Camarada inolvidable,
fuiste un alegre bohemio!
El sol mandaba su hilillo
de sus rayos por el techo,
haciendo más triste aún
aquella bohardilla infierno.

II

Allí soñaba mi mente
en dulce soñar despierto
las quimeras del artista
que encantan el pensamiento,
y el corazón cautivado
por tanto gracioso enredo,
esperaba... ¿qué esperaba?
Tardé bastante en saberlo.
Esperaba la llegada]

de un ángel que de los cielos
bajase á borrar las sombras
de aquel calabozo tétrico...
y sonriente alentando
los desmayados esfuerzos,
diera la dicha completa
á mi corazón de obrero;
en vez de boardilla un nido
lleno de luz y esparciendo
la resonante alegría
del pío y el aleteo.

Y cuando en la oscura noche
trabaja mi pensamiento,
¿cómo olvido la boardilla,
y cuán dichoso contemplo
la sencillez de mi hogar,
la dicha que gozo y tengo,
y con entusiasta fe
al rudo trabajo vuelvo!

Los niños duermen tranquilos
y ella... me verá en sus sueños,
¡Oh! trabaja, corazón,
¡da tu fuego al pensamiento!

J. ZAHONERO.

LAURA

BOCETO LITERARIO

Continuación.

Reasumid la vida de la mujer, y la hallareis explicada con una sola palabra, amo: en la infancia, amó á sus padres; en la juventud, amó á su esposo; en la vejez, amó á sus hijos....

R. de Satorres.

—Su sencillez me encantó, y aquellos ojos negros me hicieron entrever un mundo de delicias, y descubrieron el velo que á los míos cegaban, dándome á conocer la causa que atormentaba mi espíritu. Arrastrado por su hermosura, quise seguirla; mas yo, que siempre fui esclavo de mi obligación, oí la voz del deber. Aquel día, sin darme cuenta de ello, y

produciendo la alegría de mis condiscípulos, troqué los huesos del carpo con los del tarso, y no supe decir cuál era la región lumbar; en cambio, mi mano trazó con el bisturí, maquinalmente por cierto, en una mesa de disección, aquel rostro angelical, que llevo grabado en mi alma y que trascribo con suma facilidad al lienzo.

Inútilmente busqué á aquella aparición celestial, y cansado de la vida, senté plaza de soldado, marchando á defender mi patria; hoy, al ver á V., mi alma sintió un placer inexplicable, y la confundí con mi adorada; mas confieso mi error; dispense V. si aseguro que me haría daño saber que aquella, que es la reina de mi corazón, había cambiado su modesto vestido de percal rayado por la rica bata de terciopelo.

—Hay cambios, caballero,—y pronunció con intención estas frases—en la vida, que por más que á alguien produzcan daño, no por eso son punibles.

—Yo, señora...

—Doblemos la hoja.

—Como gustéis.

Mi relato hizo asomar á sus labios una sonrisa de desprecio que hirió mi corazón, y acabado aquel, con aire de superioridad y voz que quería disimular su enojo, me dijo:

—Os he llamado—caballero—para que hagáis mi retrato.

—Si antes me hubierais dicho cuál era el objeto de esta visita, acaso no hubiera proporcionado un mal rato que deploro, y siento tanto—añadió con amostazado acento al ver el desprecio de que era objeto—no poder complaceros; dentro de ocho días termina la licencia que por enfermo disfruto, y por lo tanto, me es imposible encargarme de un trabajo, el que para concluir á conciencia necesita dos meses.

—Por eso no quedará—me replicó—mañana mismo tendrá V. una nueva licencia de dos meses, y si más tiempo necesita, ya buscaremos medio de proporcionarlo. Esto, caso de que no tenga el artista otro inconveniente.

—Yo tengo un honor en complaceros, y sentiré que mis manos no obedezcan á mis deseos.

—Mil gracias, señor de...

—López.

—Pues bien, López, mañana tendrá usted concedida la nueva licencia, puede venir por ella á la una, y desde esta hora á las tres, todos los días, hasta que acabe su trabajo, puede venir; seré una estatua para que sus manos obedezcan á sus deseos.

—Estoy á las órdenes de V.

—Entonces, hasta mañana. Y levantándose, me indicó la puerta por donde había de salir, al mismo tiempo que su diestra agitaba el cordón azul de una campanilla.

La había visto, y entonces ansiaba honores: la mujer es orgullosa; es hijo de su naturaleza el orgullo, lo comprendía, y por eso quería valer algo para aparecer ante sus ojos como un ser distinto de los demás; la música, la pintura, las ciencias, las artes, todo me presentaba un camino para elevarme y ofrecerle la gloria; pero ¿conseguiría ocupar un puesto elevado digno de ella? A caso sí. ¿Más cómo? La noche que sucedió á aquel día fué terrible para mí; verme al lado de la única mujer que amé, despreciado por ella, y al mismo tiempo obligado á satisfacer uno de sus caprichos. ¡Ay de mí! No podía separarme de aquella mujer que me ilusionaba; para mí su presencia era la dicha; mi corazón vencía á la razón en la terrible lucha que sostenían, y el sueño huía de mis párpados; por fin, el cansancio, la excitación febril en que me hallaba y la esperanza infundada que correspondía á mi amor, por aquello de que nada hay imposible en el mundo, me entregó en brazos de Morfeo.

La alegría rebosaba en mi rostro, la vería todos los días por espacio de dos meses, y podría contemplar su imagen retratada en su pupila, sin que por ella padiera ofenderse; bien pronto fue aquella notada por mis amigos, que me hicieron mil preguntas por mi tristeza anterior; yo lo achaqué á mis dolencias, aña-

diendo que repuesto ya, pensaba tomar parte en sus diversiones.

Mis ahorros del tiempo de campaña y mi pensión, eran más que suficientes para hacer dos ó tres meses *vida de soltero*; empecé por equiparme de paisano y desterré el uniforme.

Los espectáculos parecían hechos para mí, ninguno perdía, ni teatros ni bailes, ni toros podía ver anunciados á que yo no asistiera.

En la Zarzuela ponían en escena *El Molinero de Subiza*, y mi amigo Carlos Lerines, que hoy está en Granada de médico titular, me invitó á que fuéramos; acepté, y ya en el coliseo de Jovellanos, recorriendo con mis gemelos los palcos, se quedaron clavados en uno; ella estaba allí, seductora cual nunca, la acompañaba un señor de edad que supe era brigadier.

Por temor á no obtener contestación, me abstuve de saludarla, pero era tal mi insistencia en mirarla, que hubo de repararlo mi amigo.

—Querido Alberto—me dijo—mucho miras á la platea núm. 7.

—En efecto, Carlos, me gusta esa mujer. ¿Sabes quien es?

—Chico, lo único que puedo decirte es que nada sé de ella; dicen que es viuda de un rico mejicano, que vive sola, y que aunque tiene una pléyade de admiradores, á nadie hace caso; que es orgullosa, y pica muy alto, juega á la Bolsa, y su agente, que es el que me ha proporcionado estos detalles, es un tal Alfredo, conocido mío, hombre de historia no muy limpia; míralo, aquel que entra ahora en el palco. Y diciendo esto, saludó al aludido, al mismo tiempo que yo lo hacía á Laura; una sonrisa y una inclinación de cabeza por parte de ésta y un afectuoso adiós con la mano por aquel, fué la respuesta. Alfredo se sentó al lado de Laura, el brigadier salió, y nosotros nos ocupamos en nuestras butacas, porque el telón empezaba á elevarse. Yo puedo asegurar á V. que no sé ni aún como empieza el segundo acto del *Molinero*; para mí el escenario era la platea número 7.

Desde el día que por primera vez fui á casa de Laura, no volví á hablar más de mi amor; mi carácter tímido y vergonzoso, á más de que á no mediar una circunstancia especial, sería despreciado, me impedían hacerlo.

Un día (de los más felices de mi vida) Laura me tendió la mano al entrar, cosa que no había hecho nunca. ¡Qué feliz me hizo en aquellos fugaces momentos que estuvieron en contacto nuestras manos; circuló por mis venas fuego, y el corazón pugnaba por salirse de su centro; tal era mi placer, tal mi alegría.

Concluí el trabajo diario y me disponía á salir, pero Laura me rogó la siguiera, y conduciéndome á la sala, me obligó á sentarme á su lado.

—Tengo que reñir á V. agriamente, me dijo con una voz que me llegó al alma, al mismo tiempo que me envolvía con una mirada llena de amor, por lo menos de confianza.

Ignoro el motivo—repuse sonriéndome—pero es V. muy dueña de hacer lo que le plazca.

—Gracias; tengo que reñir á V., repito, por haberme ocultado su procedencia.

—No comprendo.

—Quiero decir que ha encubierto V. su nacimiento, no dignándose decirme sino que era sargento del ejército, y se llamaba Alberto López.

—Y no he mentado, si alguna vez de V. hubiera partido una insinuación para que le relatará el resto de mi vida, me hubiera apresurado á complacer á quien se interesaba por mí hasta ese punto.

—Es cierto, aunque tal vez (y V. dispense) me hubiera engañado, pero, amigo mío, tarde ó temprano todo se sabe en el mundo; prueba de ello que yo sin pretenderlo, he averiguado que en este momento me acompaña Alberto López, marqués del Lazo de Gracia.

—¡Yo!....

—Si no me han engañado....

—Permita V. que me ría; tiene gracia, las

noticias que de mí le han dado son falsas, yo no poseo otros títulos que mi honradez.

—No guardé V. el incógnito, amigo mío, sé positivamente que el artista que honra mi casa es el marqués del Lazo de Gracia.

—¿Será V. tan amable que me diga quién ha propalado esa falsa noticia?

—El pecado por grave que sea, puede revelarse, el pecador nunca; pero dejemos esto; si Vd. el primer día que vino á esta casa me hubiera dicho, soy sargento por mi mala ventura, artista por placer, y marqués poseedor de dos millones de reales por herencia, confieso que hubiera á V. tratado cual se merece, no hubiera visto en V. el artista que trabaja por cubrir sus necesidades y si el caballero amante de las artes.

Llegué á comprender que tal vez el único medio para conseguir el amor de Laura era no desmentir aquella farsa que en favor mío, y sin saber por quién se había inventado, y, aun á costa de sacrificar la verdad, me propuse no seguir negando lo que de mí habían dicho.

Tal vez, me dije, habrá llegado á oídos de alguien que me apellidan marqués, y creo que es un título lo que es un apodo debido á mi puleritud, y á no haber pronunciado jamás las frases soeces ó mal sonantes, que continuamente por desgracia, están en boca del soldado español.

Laura interrumpió mis reflexiones diciendo:

—Pensativo ha quedado V., sin duda, porque su secreto ha dejado de serlo para mí.

—Puesto que también informada estáis,—repuse al mismo tiempo que mi rostro se teñía con el color de la mentira, y me hacía propósito de seguir adelante con mi plan—no me obstino en seguir negando.

—Gracias á Dios que confiesa V.

—Ante un sacerdote tan amable y bello, es imposible callar los pecados.

—Sois muy amable, ¿y por qué lo ocultabais?

—Soy menor de edad, mi curador, vela por mis intereses más de lo que deseo, y percibo sólo una pensión de ocho mil reales, cantidad insuficiente para sostener trenes, lujo, etcétera, que en un marqués es de precisión, esto unido á la posición que ocupo (aunque no me deshonra) me han hecho, como V. dice, ocultar mi procedencia.

—Y perdonar mi curiosidad, ¿qué edad tieneis?

—Veinte años.

—Entonces, aún quedan á V. cinco de martirio.

—No por cierto, según las leyes del antiguo reino de Aragón, las que aún no creo derogadas, el varón es mayor de edad á los veintidos años, y aunque yo soy cubano, mis padres eran de allí, y allí radican mis bienes, por lo que acogiéndome á las leyes aragonesas dentro de un año, á contar desde el próximo Enero, me haré cargo de lo mío, estamos en Febrero, de manera que haciendo uso de sus palabras, me restan dos años excasos de martirio.

—Y llegada esa fecha, ¿qué piensa usted hacer?

—Aún no lo sé, depende de las circunstancias.

Me sorprendió no poco esta pregunta, y me extrañó mucho el interés que aquella hermosa mujer aparentaba tener por mí. Acaso en mi semblante apareció la llama del amor que me abrasaba, para responder á Laura, y ella lo vió, pues aunque nada añadí, no volvió á interrogarme acerca de mis intenciones para el porvenir.

—Ante todo—me dijo—quisiera no me juzgue interesada, y creo que otro móvil distinto á la simpatía que V. me inspira, es lo que me obliga á hablarle como lo hago.

—El soldado español es noble, y jamás juzga á nadie mal, si no lo merece, obra guiado siempre por su corazón, y si alguna vez pretenden engañarlo, confía en su astucia.

No recuerdo, capitán, lo que hablamos aquel día, mas sí que cuando salía de aquella man-

sión celestial, era de noche: tampoco he olvidado un consejo que me dió.

—Si quiere V. ser feliz, querido amigo—me dijo—busque V. una mujer bella de alma, y únase á ella, la tranquilidad y felicidad sólo existen en el matrimonio, créame V. Alberto.

Ya es tarde, amigo, mañana espero á V. á almorzar, y hablaremos.

Aquella noche no dormí; era demasiado inmensa mi felicidad para que yo dejara de pensar en ella; el sueño es el simul de la muerte; los muertos no piensan, y por esto yo no quise dormir.

Aún no habían sonado las nueve de la mañana del siguiente día, y sin embargo, estaba vestido para asistir á la invitación de Laura. ¡Con cuánta lentitud pasaba el tiempo! Las veces que miré la esfera de mi reloj, puedo asegurar á V. que pasaron de ciento. ¡Qué no hubiera yo dado por que corrieran fugaces cual relámpagos aquellas tres horas mortales; por fin, llegó la deseada, y tomando un coche me dirigí á casa de Laura.

Aquel día estaba el cielo más sereno que de costumbre; el sol, como si tomara parte en mi alegría, se ostentaba radiante de hermosura; sus benéficos rayos prestaban ese dulce calor que tanto ansiamos en invierno los vecinos de Madrid. El auriga, como si supiera la importancia de que me hallaba poseído, azotaba sin piedad con su tralla los lomos del infeliz cuadrúpedo que, sacando fuerzas de flaqueza, nos conducía; tal era mi emoción, tal mi dicha, que creía todos se fijaban en mí, y en mi oído parecía como que resonaban estas frases, pronunciadas con envidia por la muchedumbre: «hoy almuerza con Laura.»

Cuando sólo unos pasos me separaban de la casa de Laura, tuve que asomar la cabeza por una de las ventanillas del carruaje; no podía respirar, la dicha me ahogaba.

No tuve lugar de anunciarme. Laura me esperaba asomada al balcón; en un momento subí los escalones que me separaban de ella. ¡Qué hermosa estaba! Murillo en sus concepciones nunca pudo forjarse en una cual Laura; aseguro á V., capitán, que no exagero.

Sus cabellos negros cual el ébano se hallaban divididos en dos luengas y sedosas trenzas, que bajando por la espalda, se unían en sus extremos en un lazo azul celeste; una cinta del mismo color sujetaba á aquellos en la parte media de la cabeza, y entre ellos y en la parte superior posterior de ésta, se asentaba una roja camelia, aún más pálida que sus coralinos labios; sus negros ojos estaban rodeados de un círculo amarotado que los hacía más lindos y brillantes, y en su pequeña y perfumada boca oscilaba una sonrisa melancólica, que prestaba á su rostro un encanto sin igual. Su bata también azul, cerrándose en el cuello con un rico encaje, modelaba sus formas, y su esbelta cintura estaba presa entre un cordón de seda, que hacía juego con la flor de sus cabellos; sus breves pies los aprisionaba una elegante bota de tafete.

—A los pies de V., Laura—dije estrechando su ardiente mano.

—Buenos días, Alberto.

—¿Estáis mala?

—No á fe. Jamás he estado tan buena.

—Sin embargo, vuestros ojos...

—Es que he dormido poco.

—¿Qué os ha desvelado?

—No sé... acaso el café que tomé anoche... no estoy acostumbrado.

—Tal vez; el café excita los nervios, y aunque á mí no me acontece, dicen que desvela.

—Pasemos al comedor si gustáis.

—A vuestra disposición. ¿Queréis apoyaros en mi brazo?

—Acepto, amigo mío; ahora representáis lo que sois, un cumplido caballero.

—No implica el ser caballero para ser á la par sargento.

—Os ruego que calléis; vamos á entrar en el comedor, y no me gusta que mis criados se enteren de la conversación que con mis amigos sostengo.

Habíamos llegado, en efecto, al comedor, el que no describo por no parecer á V. de-

Que el vulgo vil adora,
La belleza caduca engañadora.
»Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera,
Y oye allí otro modo
De no percedera
Música, que es la fuente y la primera.
»Y como está compuesta
De números acordes, luego envía
Consonante respuesta,
Y entre ambas á porfía
Se mezcla una dulcísima armonía.
»Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente,
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño ó peregrino, oye ni siente
»¡Oh desmayo dichoso!
¡Oh muerte que das vida! ¡Oh dulce olvido!
Durase en tu reposo
Sin ser restituido
Jamás a queste bajo y vil sentido.
»A este bien os llamo,
Gloria del apolíneo sacro coro,
Amigo á quien amo
Sobre todo tesoro,
Que todo lo visible es triste lloro.
»¡Oh! Suene de continuo,
Salinas, vuestro son en mis oídos,
Por quien al bien divino
Despierta ios sentidos
Quedando á lo demás adormecido.»

El que tales y tan cumplidos elogios mereció de un poeta de tan inspirado estro é infinito saber como Fray Luis de León; el que logra inspirar tan vehemente entusiasmo á personas tan respetables y de tan distintas procedencias como el Thuano, que le comparaba á Didimo Alexandrino; como Scoto, que dice fué el más sabio de los matemáticos y sin igual en conocimientos musicales; como el jesuita Requeno, que le da el título de *respetable* por sus luces, por su cultura, por su erudición, por su elegancia en el lenguaje latino, por la desenvoltura de su ingenio, y por sus profundos conocimientos en materias musicales, como el maestro Vicente Espinel, que le llama *príncipe de la música y el más docto varón en música especulativa que ha conocido la antigüedad*, y de quien dice: «Yo le vi tañer el instrumento de tecla, que dejó en Salamanca, en que hacia milagros con las manos,» el que tales y tan cumplidos elogios ha merecido, vuelvo á repetir, grandes debían ser sus conocimientos, inapreciables sus cualidades, inmensos sus conocimientos y sabio sin rival y de inteligencia profunda en el arte y en la ciencia.

Acerca de los estudios que le hicieron alcanzar tan brillantes resultados no se puede escribir nada con tanta soltura, tanta distinción y tanta naturalidad como lo que el mismo Salinas consigna en algunos trozos del prólogo perteneciente al magnífico libro que publicó en Salamanca con el siguiente título:

«Francisci Salinae Burgensi abbatessacti Paucralit de Rocca Scalegnain regno Neapolitano, ea in Academia Salmanticensi musicæ professoris, de Música libri septem, in quibus ejus doctrinae veritas tanquam ad harmoniam, quam quæ ad rhythmum pertinet, juxta sensus ac rationis judicium ostenditur et demonstratur. Cum duplici indice capitum et rerum; Salmantice, excudebat Mathias, 1577, in-fol.»

En los mencionados trozos se refleja el convencimiento que el autor tenía de lo muy apreciados y considerados que estaban sus merecimientos, aunque por su carácter apacible, bondadoso, modesto y sumamente cristiano no le fuera posible manifestarlo más que de un modo pálido y somero.

En el escrito antedicho se expresa de esta manera el eminente Salinas:

«Desde la niñez me he dedicado á la música durante todo el curso de mi vida. Pues habiendo mamado la ceguera con la leche inficionada del ama que me crió, y no quedando á mis padres la menor esperanza de que recuperase la vista, á pesar de todos los remedios aplicados al efecto, ningún arte les pareció más honroso ni más útil para dedicarme á él que éste, en que se puede muy bien progresar

por medio del oído, que es otro gran ministro del alma racional. Y no sólo empleé todo mi tiempo en el estudio del canto, sino más aún, en el de pulsar el órgano, en lo cual no me toca á mí decir hasta qué punto llegué á progresar. Sólo me atrevo á afirmar que el que quiera entender la doctrina de Aristógenes, de Ptolomeo, de Boecio y de otros músicos célebres, ha de ejercitarse mucho y por largo tiempo en esta parte de la música; puesto que todos estos escribieron sobre la parte principal de la música que suele llamarse *armónica*, y sobre lo relativo á la composición de la armonía instrumental. De lo cual podrá juzgar mucho más fácil y perfectamente el que se halle ya familiarizado con los instrumentos que solemos emplear. Y porque no parezca que equivoque alguna noticia de mis demás estudios, diré que, siendo aún niño, vino á mi país una jóven, nacida de familia honesta, que poseía la lengua latina, y que deseaba sobremadere aprender el arte de pulsar el órgano, con el objeto de consagrarse al claustró. Vivía en nuestra misma casa, y así fué que aprendió la música conmigo, al paso que yo aprendí con ella la gramática, que de otro modo acaso nunca hubiera aprendido, porque ó nunca se le hubiese ocurrido á mi padre, ó el vulgo de los prácticos le hubiera persuadido que las letras perjudican á la música. Aumentándose mi deseo de aprender con este ensayo de estudio, persuadí á mis padres que me enviasen á Salamanca, donde me dediqué algunos años á la lengua griega y á los estudios de las artes y de la filosofía. Pero obligado á salir de allí por la escasez de medios de mi familia, acudí á la curia regia, y acogido benignamente por el señor Arzobispo de Santiago, D. Pedro Sarmiento, el cual fué poco después recibido en el número de los cardenales, pasé á Roma en su compañía, más con la mira de aprender que con la de enriquecerme. Empezando allí á tratar con los eruditos que siempre han abundado en Roma, advertí con vergüenza que ignoraba el arte mismo que profesaba, y que no podía dar razón de lo que practicaba. Por último, comprendí lo muy cierto que es en música, no menos que en arquitectura, aquello de Vitrubio, á saber: que los que sin instrucción se han dedicado exclusivamente á la ejecución mecánica, no han logrado dar autoridad á sus obras; los que, por el contrario, se han dedicado únicamente al raciocinio y á las letras, han seguido á la sombra en vez de seguir el objeto. Pero los que aprendieron uno y otro, adornados con todas las armas, consiguieron más pronto y con autoridad lo que se habían propuesto. Por lo cual, sabiendo yo ya por Aristóteles que las relaciones de los números eran las causas primordiales de las consonancias y de los intervalos armónicos, y no hallando todas las consonancias ó intervalos menores constituidos conforme á sus verdaderas relaciones, me empeñé en investigar la verdad al juicio del sentido y de la razón.

«Para lo cual me ayudaron sobremanera, á más de Boecio, que todos los músicos citan continuamente, ciertos manuscritos griegos antiguos, todavía no traducidos al latín, de los que allí encontré muchos, pero con particularidad de Claudio Ptolomeo, al que no sé si la astronomía deba más que la música; tres libros de preceptos armónicos pertenecientes á la Biblioteca Vaticana, y los comentarios de Porfirio sobre ellos, riquísimos en erudición, dimanada del estudio de los antiguos, que me proporcionó el Cardenal Carpanse; dos libros de Aristógenes sobre los elementos armónicos; otros dos de Nicomaco, á quien siguió Boecio; uno de Badreo; tres de Aristides, y otros tres de Briennio, que el Cardenal Buralés había hecho copiar en la Biblioteca de San Marcos, de Venecia. Mas instruido con lo que dijeron de bueno de estos autores, y más cauto con lo que dijeron de malo, pude llegar al exacto conocimiento de estas ciencias, empleando en este estudio y examen más de veintres años. Afligido al fin por varias calamidades, y principalmente por la muerte de los dos Cardenales y del Virey de Nápoles (que por cierto me amaron más que me enriquecieron), y de mis

tres hermanos perdidos en la guerra, el mayor coronel, el segundo abanderado en el mismo cuerpo, que murió en el sitio de Mett, y el tercero que, enviado por el Duque de Alba á conducir un soldado, murió en el camino, contento con lo poco que basta para vivir pobremente, determiné volver á España. Pensaba pasar el resto de mis días entre mis cuatro paredes, y haciendo una vida tranquila en mi pobreza honrosa, cantar tan sólo para mí y para las musas:

«Nam nec divitibus contingunt gaudia solis,

«Net vixit male, qui natus moriensque fellit.

«Pero lo tenía dispuesto de otro modo Dios nuestro Señor que me sacó de Italia, después de vivir en ella unos veinte años, no enteramente desconocido; me trajo á España, y habiendo aquí varias ciudades en las que hubiera podido profesar el arte de la música con mucha utilidad, me concedió volver á la Universidad de Salamanca, después de casi treinta años que había salido de ella. Esta Universidad ofrecía ventajas de consideración al que sobresaliese en el conocimiento teórico y práctico de la música. Pues Alfonso, rey de Castilla, el décimo de este nombre, por antonomasia llamado el Sabio, que, ó la fundó, ó la reformó, entendió que el estudio de la música no era de menos interés que el de las matemáticas, en que tanto sobresalió, y que no solamente la práctica; sino también la teoría, era necesaria al que hubiese de ser juzgado con razón digno del nombre de *músico*. Por cuya razón estableció la cátedra de música entre las principales y más antiguas, la cual como careciese á la sazón de doctor que la desempeñase, y se buscase persona que pudiese llenar este cargo dignamente, enseñando la teoría y la práctica de la música, fui á Salamanca con el objeto de oír á los peritos en este estudio hacer sus oposiciones; donde, como diese yo una muestra de mis conocimientos en música, fui tenido por apto para desempeñar este cargo, y conseguí dicha cátedra con el sueldo casi doble y aprobación de S. M. el Rey.

«He dicho de mí esto, acaso más de lo necesario, sólo porque no parezca que conseguí un honor tan grande destituido completamente de todo mérito.»

A los que creen que España en aquella época era inferior por su escuela y por sus concepciones musicales á otros países, podemos presentarles como argumento convincente el nombre del esclarecido y sabio maestro don Francisco Salinas, que unió ventajosamente para el arte musical la teoría á la práctica, el ingenio á la ciencia, el renombre universal á los merecimientos para alcanzarlo.

¡Triste cosa es oír hablar con tal ligereza de las cosas de nuestra patria, cuando podemos oponer á sus débiles argumentos el largo catálogo de nombres que enaltecen la historia del arte músico!

La música es precisamente una de las artes en que más ha brillado la inspiración española, y sin embargo, hemos dejado oscurecerse esta gloria en el olvido más inaudito. Aun podemos oír cantar en la capilla Sixtina magníficos trozos compuestos por Pérez hace tres siglos; de la misma fecha podemos escuchar en Valencia la música de Comés. En nuestras catedrales hay verdaderos tesoros de música religiosa, de donde nunca salió; quedándose abandonados aquellos y mudos completamente sus órganos. Además difícilmente se hallará una nación, cuyos cantos populares puedan competir con los nuestros, y que á pesar de eso no han sido bien estudiados aún. Y, es más, cuando las demás naciones desconocían por completo los pentágramas y la clave, nosotros hacíamos ya uso de ellos, como puede probarse por un manuscrito de las *Cantigas* de don Alfonso el Sabio anotado de mano del mismo Rey, y que conserva el cabildo de Toledo.

Salinas nació en Burgos en el año 1512, según unos, y según otros en el de 1513, siendo agraciado en Roma con el título honorífico de abad de la iglesia de San Pancracio de Rocca Scalegna, en el reino de Nápoles. De

regreso á España escribió una erudita obra sobre la música, impresa en 1592. Está escrita en latín y dividida en siete libros. El primero de estos, trata de la música en general, á la cual, tomando la definición de Aristides (*scientia autem est cujus cognitio firma est et ad omni errore prorsus aliena*), coloca en la categoría de las ciencias, por fundarse en las matemáticas que es la más exacta de todas las ciencias; da la definición de la música y sus divisiones, apertándose de las antiguas teorías y concediendo que los jueces primeros de la armonía son los sentidos; levanta sobre ellos; sin embargo, la razón como juez supremo.

Dedica el segundo libro al estudio del sonido, que dice es en música lo que el punto en geometría, y españa también su teoría acerca de los tonos y las consonancias.

En el tercero, habla del género (cuya definición toma de Ptolomeo) y sus divisiones.

El cuarto, trata de las especies.

El quinto, del ritmo.

El sexto, de los metros.

Y el sétimo y último, de los versos.

Estos tres últimos libros no solamente son interesantes para los músicos, sino también para los poetas. En toda esta obra resalta desde luego una erudición poco común, gran lógica en las deducciones, gran ingenio analítico en las divisiones, y sobre todo mucha claridad en la exposición de las teorías.

El día 13 de Enero de 1590 murió tan eminentemente maestro, que, según dice Weis, fué acaso el mejor organista que ha existido, siendo entonces catedrático de música en la Universidad de Salamanca.

CARLOS GUAZA Y GÓMEZ-TALAVERA.

TRATAMIENTO DE LA OBESIDAD

El doctor Germán See, ha presentado á la Academia de Medicina de París, en su sesión del 29 de Setiembre, una comunicación en la que se ocupa del asunto con que encabezamos esta crónica.

El sabio catedrático de Clínica médica divide en dos partes su trabajo, tratando en la primera los siguientes puntos:

Entre las muchas y diversas teorías que se han expuesto, ¿es posible plantear un tratamiento racional?

Sobre qué bases debe descansar este tratamiento?

En la segunda parte, la más importante del trabajo, se ocupa de la degeneración grasosa del corazón, último fenómeno de la obesidad.

La dificultad de la respiración se presenta con frecuencia en estos enfermos, siendo su causa los trastornos del corazón. La evolución de este síntoma es fácil de seguir en sus etapas sucesivas, á saber: infiltración grasosa de los músculos en general; infiltración de los músculos torácicos que sirven para la respiración, y por último, infiltración de las fibras cardíacas. Mientras el obeso no se queje de *disnea*, su estado no puede considerarse como mórbido. Por el contrario, iniciada aquella, hay una enfermedad caracterizada.

Se deduce de las anteriores consideraciones, que lo que debe procurarse es la disminución de la grasa contenida en el tejido muscular.

Hay para esto tres medios: primero, el régimen; segundo, la determinación de las bebidas; tercero, el ejercicio. Se ha recomendado igualmente la hidroterapia, los balnearios y las aguas minerales.

Para establecer bien el régimen, la fisiología nos enseña los alimentos que el hombre necesita ingerir por día. Los fisiólogos están de acuerdo al admitir que necesitamos de 120 á 135 gramos de sustancias azoadas; de 100 á 120 gramos de sustancias grasas, y de 250 á 350 gramos de sustancias feculentas.

De aquí debe partir la teoría de aumentar ó disminuir tal ó cual parte de sustancias, para establecer el régimen de los alimentos y bebidas.

Benting ha puesto en boga la opinión de que un régimen exclusivamente azoado, produce con certeza el adelgazamiento.

Como ejemplo, se cita él mismo, diciendo, que en diez años disminuyó cuarenta libras, pesando después de este tiempo ciento cuarenta y tres, siendo así que pesaba anteriormente ciento ochenta y tres libras. Nótese, sin embargo, que los individuos que se sujetan á este régimen, disminuyen, no so-

lamente en peso y volumen, sino también en fuerza. Preciso es, pues, renunciar á los errores de Benting.

Hace dos años, propuso Mr. Ehstein en el Congreso de Wiesbadem, añadir al régimen azoado unos 30 á 60 gramos de sustancias feculentas.

Apreciando estos diversos métodos, el profesor Germán Sée, hace notar que las grasas tomadas en pequeña cantidad, sostienen las fuerzas y utilizan, al quemarse, las materias azoadas. Tomadas éstas exclusivamente, se desdoblán en úrea, que es inmediatamente eliminada, y en grasa que se deposita en los tejidos y sirve á la combustión de los principios suministrados por la alimentación. Debe administrarse, pues, una ración normal y una pequeña cantidad de grasa.

Un punto todavía más esencial del tratamiento es el que se refiere á las bebidas. Todo el mundo conviene en la necesidad de disminuirlas. Nada, sin embargo, más difícil que llevar á la práctica este precepto. El médico lo ordena; el enfermo lo desobedece. ¿Cómo vencer esta dificultad? Unos prohíben las bebidas durante la comida y las permiten en los intervalos. ¿Qué se consigue con esto? Nada. Otros autorizan el café cocido, no en infusión. ¿Qué fundamento tiene esta sutil distinción? Ninguno.

Las bebidas tienen en los obesos, la ventaja de provocar la digestión intestinal, y dejar libre el estómago, facilitando de este modo la digestión. El fisiólogo Baclard, ha visto llegar los líquidos ingeridos en los animales, hasta el intestino, dos minutos después de haberlos tomado.

¿Qué bebidas deben tomarse de preferencia? Las alcohólicas son perjudiciales y deben ser excluidas en general, y particularmente las cervezas. Mr. Sée aconseja el uso de disoluciones de té y café, con las que se facilita la digestión. Con ellas no se aumenta el peso.

Las aguas minerales empleadas en el tratamiento de la obesidad, obran por su cantidad y por su temperatura. La moda exige que se vaya á Vichy para la curación de aquella enfermedad.

Gran número de enfermos regresan adelgazados, pero éstos son enfermos diabólicos en los que no se conoció su dolencia. Si hubiesen sido simples obesos, ningún resultado se hubiese obtenido con la permanencia en aquellos baños.

Hay gran número de enfermos de los que tratamos, que se sujetan á la acción del iodo. Los efectos de este medicamento son incontestables, pero son peligrosos, y es preciso observar atentamente su acción, porque con frecuencia se presenta en los obesos el *iodismo*.

Los purgantes frecuentes irritan los intestinos, y es preciso suspenderlos. En este intervalo se pierde todo el terreno ganado, puesto que el adelgazamiento obtenido desaparece, y la obesidad adquiere su fatal marcha.

Resumiendo. Las gentes obesas que quieren adelgazar, no deben hacer caso de los regímenes exclusivos, ni deben condenarse á morir de sed ni de hambre. Deben desconfiar de los baños de Vichy, del iodo, de los purgantes. Deben comer como ordinariamente lo hacen, añadiendo unas 2 ó 3 onzas diarias de sustancias grasas: beber cuando tengan sed, café ó té bien diluido en agua: hacer bastante ejercicio, y todo lo que la higiene aconseja al hombre que quiere conservar su salud íntegra.

DR. A. SETTIER.

LA GRAN FIESTA.

Antes de aparecer la luz del día se notó la novedad en esta villa. Un toque de diana ante la morada de su iniciador, anunció que iba á tener lugar. ¿Para qué?

¿Se trataba acaso de hacer partícipe á un pueblo de la satisfacción que le causara el recuerdo de algún hecho glorioso de su particular historia? ¿Era la conmemoración de alguna fecha notable por actos de abnegación que mereciera grabar en la memoria del pueblo su eficacia, para ejemplo y estímulo de la generación viviente? ¿Se trataba de algún premio á la virtud, al talento ó al trabajo?

Muchos obreros dejaron sus habituales quehaceres; muchos industriales cerraron sus talleres; muchos labradores dejaron sus ordina-

rias tareas; muchos particulares cerraron sus casas. Y todos, en común tropel, salieron confundidos y gozosos mas allá de los tristes muros de esta villa.

La alegría de los semblantes, la agitación común, el griterío informe de muchos, hacía presumir algo extraordinario. Y algo extraordinario era en efecto.

Allá, en medio de un bosque de encinas, tan antiguas como el despotismo histórico y tan tristes como su triste recuerdo, se congregaba la familia de un hombre rico para celebrar la fecha de nacimiento de la primera de sus damas. En aquel lugar apartado, vivienda y pasto de fieras, iba á tener lugar la fiesta preparada. La elección del sitio mereció la atención de la masa común: y es que las multitudes, cuando ignoran, juzgan con prodigiosa intuición. La vista de la antigua y ruinosa fortaleza benaventana, símbolo y recuerdo de los antiguos señores de la villa y su comarca, hizo brotar en la imaginación del vulgo lo que aquellos señores debieron ser; y creían reproducidos aquellos señores y aquellos tiempos en los presentes tiempos y en los presentes señores.

Por fortuna llegó el desengaño. Era sólo una fiesta de familia con gran acompañamiento: le formaban los amigos y deudos con sus numerosos séquitos. El resto de las gentes era masa que se divertía sin saber por qué ni para qué.

La fiesta fué variada en cuanto era posible, dada la naturaleza, temperamento, inclinaciones y medios del iniciador y decretor de ella. El poder de sus caudales se reveló por la esplendidez con que todos los actos se realizaron. Nada faltó en aquel lugar agreste. Todo estaba previsto y ordenado. Con maravillosa exactitud se sucedieron las distintas manifestaciones de los convidados, ante un público heterogéneo y agrupado en confuso montón. Las nobles damas, engalanadas con ricos atavíos, se unían y mezclaban con las pobres mujeres del pueblo, que buscaban la novedad del espectáculo, desvanecidas y aturdidas por el ruido de los ginetes y el tropel de los caballos. Todo el que quiso y pudo llegó hasta el sitio más preferente. Ni los mendigos tuvieron obstáculo alguno que vencer. Fué la voluntad generosa del rico propietario quien allanó el camino y quien hizo participar al común de las gentes de lo que estaba reservadas para sus especiales y particulares amigos.

Por algunas horas se borraron diferencias y reinó la más completa igualdad. Quien puede manda: quien puede iguala. Y el rico propietario pudo y quiso por una tarde; su voluntad imperó, como debía imperar, y todos fueron iguales.

**

La fiesta fué adecuada, cabal y perfecta en el más alto grado. En todos sus actos intervino el iniciador de ella ó su representación, como era natural, dadas sus particulares aficiones. De cuenta del rico propietario se dieron muchos premios, en recompensa de méritos varios.

La agilidad de un burro, la resistencia de un mulo, la velocidad en la carrera de un caballo, la superior condición para llegar á la aguda punta de un palo que mantenía codiciada cucaña, fueron premiados por igual y equitativa manera. Todas las manifestaciones de la fuerza bruta fueron objeto de particular atención.

Para que nada faltase en este espléndido y sorprendente conjunto, hubo corrida de toros. En este espectáculo debía manifestarse el valor temerario de los espectadores, y se manifestó. Aquí llegó á su colmo el entusiasmo de la multitud. La humana naturaleza es así. Cuando ve realizar lo difícil, aprueba; cuando se intenta lo imposible, aplaude con frenesí, con locura, con el vértigo del entusiasmo sin parar mientes en lo que pueda resultar. Por eso tienen explicación los bárbaros y crueles espectáculos de la antigua Roma.

Los hombres que morían en el circo, salu-

daban al César antes de espirar con la sonrisa en los labios, ante un público que aplaudía con locura y coronaba al vencedor.

Es verdad que han cambiado los tiempos y que hoy buscamos con afán los labios de una madre, en vez de los aplausos de las bárbaras muchedumbres; pero el sentido genérico vive entre nosotros. Así se dió á conocer en el triste espectáculo de que nos ocupamos. Los rudos golpes que los hombres recibían de las fieras arrancaban *ayes* de alegres sensaciones: pero no llegan, no, los actuales habitantes de este antiguo señorío donde llegaron sus históricos antecesores. La mortal herida que sufrió un hijo del pueblo, fué bastante para cambiar la alegría de aquella multitud, que regresó silenciosa y compungida; aterida de espíritu y fría de pensamiento.

¡Ah! ¡Cuánto consuela esta actitud! ¡Cuánto revela! La esperanza es siempre consoladora cuando es su objeto la perfección; y hoy se revela en estas actitudes de sentimentalismo y de caridad algo que ennoblece y que da aliento para la vida. Dentro de poco estos pueblos pedirán para distraer sus ocios algo que enseñe, que perfeccione y que eleve el espíritu.

Un espectáculo del que resultan en suma como suprema enseñanza diez heridos y contusos y un hombre muerto, no satisfará á nadie. Las lágrimas de una viuda y los desconsuelos de la orfandad, interesan demasiado á la opinión para que sean indiferentes.

**

La comitiva oficial se retiró al comienzo de la noche; en los momentos en que desaparecía la luz del sol y aparecía la luz de las estrellas. Con el esplendor del astro luminosa y cuando aparecía la majestad imponente de los cielos, se fué la alegría de las damas y la satisfacción del ostentoso propietario. Los *ayes* de un obrero moribundo produjeron tan maravilloso efecto. ¡Benditos sean los tiempos en que esto se ve, en que esto se toca!

En la Edad Media cuando otros ricos hombres poseían lo que hoy posee el iniciador de la primera y más notable fiesta de este país, la muerte de un pechero era objeto á lo más de una mirada desdeñosa. Los tiempos han cambiado. ¡Sean benditos mil veces los presentes tiempos!

**

Al siguiente día de la fiesta bajó al sepulcro el obrero moribundo en la tarde anterior. Le acompaña la bendición del sacerdote cristiano y el sentimiento de un pueblo; ¡Que Dios envíe el consuelo á la afligida viuda! ¡Que descanse en paz!

Á UNAS CARTAS

Ilusiones queridas formuladas,
En tiempos venturosos que pasaron;
Frases de amor que fueron estampadas
En el papel, y que placer causaron.
Sueños de amor, venturas anheladas,
¿Qué fué de vuestra vida? ¿do marcharon?
Sola dejasteis, ¡ay! el alma mía
Bajo losa de mármol, negra y fría.

La ingrata os destrozó; con mano aleve,
Al fuego os arrojó; y es que á su alma,
helada por el frío de la nieve,
le hacía falta recobrar la calma.
¿Y la ingrata aún jura que me quiere
Y conquistar de mártir quiere palma?
Mas se olvidó que ella os hizo trizas,
Y os transformó de flores en cenizas.

MIGUEL MARTÍNEZ Y FRANCO.

AMOR CONYUGAL.

I.

María Juana era lo que se llama una buena moza: alta, proporcionada, algo metida en carnes, pero fresca como un vaso de agua y tierna como la manteca.

Su esposo, el marqués de la Azufaiña, un buen hombre, ya entrado en años, calvo y bigotudo, solía decir mirándola extasiado:

—¡Qué guapa es mi mujer, y qué carnes tan frescas tiene!

Y algún contertulio solía contestar inocentemente, sin fijarse en las palabras:

—Es verdad; ¡qué carnes tan frescas tiene!

Con lo cual las señoras viejas, ya retiradas del mundo y sus demasías por la suave fijidez de la carne, reían á carcajadas; y las jóvenes pudorosas, las que no conocen más que de oídas el amor, enrojecían extraordinariamente, hasta el punto de que las orejas tomaban el tinte del coral.

Este punto es el que un brigadier amigo mio, gran *gourmet* en materia de mujeres llama punto de caramelo.

Pero dejémonos de golosinas, y volvamos sobre María Juana. La marquesa de la Azufaiña se había casado por amor; su marido fué en su tiempo un petimetre de fama, de fisonomía viril, gracioso, atildado, pendeneiero, todo un hombre, por el que se morían muchas mujeres. No llegó á ser un Tenorio, pero sí un Lovelace. Añádase á esto cierto donaire natural para tañer la vihuela y cantar gitano, y se comprenderá que el marqués fué un verdadero irresistible en la época del Estamento, cuando agonizaba el poder absoluto y se daban los últimos pasos del minué y de la zarabanda.

Al casarse el marqués ya estaba en el periodo de la gota y de acostarse temprano, época en que los hombres suelen hacerse indulgentes con las mujeres. ¡Quizás por esto gustó á María Juana!

Como todo en su organismo flaquea, comprenden perfectamente las debilidades femeninas.

En cambio, María Juana tenía 28 años y unos andares y unos aplomos tan aventajados, que cualquiera, sin ser entendido en achaques del bello sexo, comprendía que María Juana iría lejos.

Sin embargo, así son los presagios y los vaticinios humanos: inciertos como el vuelo de la mariposa; la marquesa de la Azufaiña no tuvo que ir lejos en busca de satisfacciones no creadas, alegrías indefinidas, ritmos desconocidos; de ese algo misterioso á que aspiran todas las buenas mozas casadas con viejos que purgan en una poltrona los pasados triunfos y los halagos de la vida sabrosa; porque su amante esposo comprendió que necesitaba una tertulia de jóvenes distinguidos, alegres y risueños, y se la buscó en el acto.

La marquesa cultivó esta tertulia poniendo de su parte una afabilidad exquisita, las sonrisas necesarias en toda señora de casa que se estima, y hasta yendo más allá en algunas ocasiones.

Por lo demás, los convidados se divertían de lo lindo: había mesa puesta todos los días de la semana; refresco por la tarde; bebidas aperitivas al anoche; tresillo, conversación, chocolate y té por la noche. Y María Juana no era exigente; convidaba hermosas amigas, que la ayudaban en la difícil tarea de sujetar en su casa aquellos jóvenes, que á lo mejor dejaban solo al viejo Azufaiña por un estreno ridículo en algún teatro de segundo orden ó alguna discusión inocente en las Academias reales ó populares.

El marqués, sin tresillo, era hombre perdido, y María Juana, á quien el teatro no gustaba ni poco ni mucho, se sentía feliz en las noches de invierno repartiendo tazas de té á sus invitados, que miraban soñolientos unos los naipes, otros el chisporroteo de los troncos de encina que ardían en la chimenea.

Todo era ventura y paz en aquella santa y aristocrática casa, y la vida de los marqueses de la Azufaiña se deslizaba magnífica y sonriente, cierto que el marqués, más de cuatro veces que María Juana salía por las mañanitas vestida de negro, con el manto de granadina en la cabeza y el rosario de cuentas de azabache arrollado á la muñeca, pensaba mal, pero decidió creer, á vuelta de muchos razonamientos, que iba á misa, y no investigar otras causas, siempre de difícil averiguación, pero

más difíciles para un viejo que no puede dar un paso sin el auxilio de las muletas.

Sea que los paseos matinales, salutíferos de suyo, incluyesen en el desarrollo de María Juana, ó que la vida tranquila y regalada ayudase á su naturaleza espléndida, ello es que la marquesa comenzó á engordar y á ponerse guapa.

Azufaiña no pensó siquiera en reñir á su mujer por las salidas extraordinarias. ¡Qué diantre, algo tenía que sacrificar la pobrecita por la higiene! ¡pues qué! ¡no es honroso abandonar el lecho por las mañanas cuando la escarcha hace brillar el pavimento de las calles y el frío corta la cara?

Y María Juana se levantaba cuando los pájaros cantan en los aleros, y las gotas de rocío brillan como diamantes sobre las hojas de los árboles; se vestía en un periquete é iba á misa. ¡Oh, el cumplir los preceptos de la Iglesia qué bien sentaba á su rostro! ¡Qué color tan encendido tenían sus mejillas, qué brillo sus ojos!

Como se levantaba á la hora en que mueren los luceros, parecía que sus pupilas heredaban el fulgor de las estrellas.

Juanito, un sietemesino que jugaba con Azufaiña todas las noches, y que lo cual le agradaba mucho al marqués, y era algo poeta, se lo dijo en unos versos, cuyo enrevesado concepto podía expresarse así:

—Tu cara es mejor que el cielo, en ella el día no oscurece el brillo de las estrellas.

Nada, una tontería; pero que, por lo mismo, gustaba á María Juana tanto, que guardaba la oda de Juanito (porque era una oda) en un rincón de su *secreter*, y á menudo se deleitaba relejendo la composición poética y desmenuzando sus conceptos.

**

Juanito no tardó en ser el favorito de la reunión. Azufaiña se dejó ganar al tresillo para serla simpático, y el polluelo, que á pesar de la escasez de su cuerpo tenía un alma tan grande como un emperador tirano, comenzó á exigir mil disparates.

Por de pronto, se tomaron licores después del té, cosa hasta entonces prohibida por María Juana; luego fueron despedidas algunas viejas que se permitían *irse á las vistillas* de las cartas del contrario cuando el juego estaba difícil; por último, él fue la causa de que la marquesa se aficionase tanto á la Iglesia y se levantara con las alondras para saludar al sol.

Digamos de pasada que el sol para María Juana era Juanito, y dejemos en la casioscuridad misteriosa de la luz crepuscular otros detalles apetitosos, que sin duda alguna, cronista menos tímido, exhumará en su tiempo y hora.

II

Y acaeció, digámoslo con elegancia, que Juanito, no poniendo coto á sus exigencias y demasías, llegó á incomodar á María Juana, que al cabo, en las cosas de amor hasta las jamonas son mudables, cosa contraria á lo que arrojan de sí indicios tan engañosos, como son la robustez crasa de sus formas y el delicioso peso de su cuerpo.

Juanito, que como ya antes advertimos, tenía alientos de emperador tirano, comenzó á hacer el amor á las demás mujeres ó señoras que acompañaban á María Juana en las veladas del marqués de la Azufaiña, desplante que molestó á la marquesa extraordinariamente, porque por la primera vez en su vida sintió el aguijón de los celos.

—Observo que miras á Luisa, decía la jomona al chiquillo.

—Y observas bien.

—¡Pues te lo prohibo!

—¿Acaso no miras á tu marido?

—Mi marido es un padre para mí.

—Y Teresa es para mí una madre.

—Juanito, si me enfadas no iré mañana a verte.

—Y harás bien, porque pensaba pasear con Teresa por la Casa de Campo.

—¡Infame!

Y María Juana pretextaba una indisposi-

ción repentina, un mareo, algo de esas pequeñas incomodidades que las mujeres tienen á mano cuando les acomete la necesidad de estar solas y de llorar, y se retiraba de la estancia.

Derramando perlas se pasaba la noche, y apenas los primeros murmullos de Madrid anunciaban el alba, vestíase en un periquete é iba á casa de Juanito... de Juanito, que no salió á pasear con Teresa, sino que la aguardaba metido entre holandas y roncando á pierna suelta.

No, no era tan malo como él se decía; lo de Teresa fué una broma, ella era un poco presumida y le ponía los ojos en blanco; pero él ¡bah! donde estaba María Juana, no cabía otra mujer en el mundo. El pícaro, decía esto señalándose el corazón.

Había que quererle; el niño era bueno, no faltaba una noche al tresillo, entretenía á Azufaiña, hacía su delicia; ella se volvería loca sin él. Se firmaron las paces.

—Hasta la noche, decía ella desde la puerta del cuarto, majestuosa como un pavo real, y echándole una mirada certelleante.

—Hasta la noche, repetía él embutiéndose en las sábanas con el deleite del que todavía espera dormir un buen rato.

La pobrecita María Juana solía dirigir con los ebúrneos dedos un beso amoroso, beso que ella enviaba á la roja boca de Juanito, pero que por un accidental remolino de éste en la cama, no lo recibía sino el cogote, porque siempre ha sido cualidad de hombres satisfechos el desdeñar los halagos.

Cierta día ella bajaba de su casa, tan contenta como perdiz entre tomillos, y caminaba por las calles menudito, menudito, con los ojos fijos en las losas de la acera y el devocionario entre las manos, y como alguien notase que los rizos se alborotaban por debajo de las blondas de la mantilla, le dijo con ese aire chungón de los jaleadores callejeros:

—¡Adios, bonitos pelos!

Levantó María Juana los trozos de cielo que tenía por ojos, porque las señoras españolas pagan siempre con una mirada de agradecimiento estas lindezas, y vió que era Juanito el que la piropeaba.

—¡Cómo! ¿Tú despierto á estas horas? ¿De dónde vienes? ¿Cómo te has levantado tan temprano? ¿Qué has hecho esta noche?

Llovieron sobre el pobre Juanito las preguntas, y aun la ira de la hermosa dama hubiera tomado más ásperos caminos, si la entrevista no se hubiera celebrado en la calle y con un sinnúmero de trabajadores por público.

Juanito mintió; había estado cuidando á un amigo enfermo. ¡Qué tristeza! Un chico provinciano que se moría lejos de su familia.

¡Falso, falso! Y María Juana, descompuesta y olvidada de su habitual corrección, llegó hasta á arañar á Juanito.

Fué una escena cómica en que hubo de intervenir la autoridad bajo la forma severa de una pareja del orden. Cuando un amigo íntimo del marqués se lo contó, Azufaiña, atusándose el plateado bigotazo, dijo tan sólo por vía de comentario:

—María Juana es mucha mujer! Y luego Juanito tiene el secreto de enfurecerla.

Las demasías del tiranuelo parecían ablandarse con estos atrevimientos de María Juana, pues aun la noche del día en que fué abofeteado, se presentó en casa del marqués, humilde en apariencia.

Hasta tuvo la coquetería de ponerse en el hojal del frac la flor que se le cayó á María Juana durante la refriega, y que él recogió á la llegada de los guardias.

Reconocida la flor por María Juana entabló un armisticio; Juanito no lo admitió sino con ciertas condiciones; había que cerrar las puertas de la casa de Azufaiña á cuatro ó cinco amigos. ¿Quiénes? Juan presentó la lista de los proscritos; la marquesa accedió; con tal de que él viniese, todo le importaba un comino.

Conseguido este triunfo, pidió que se doblase el tanto en el tresillo, y que en vez de jugarse á cinco céntimos, se jugase á diez con palo de favor.

Mucha resistencia encontró María Juana en Azufaiña para esta innovación; pero al cabo le hizo transigir con la promesa de que se encimarian las puertas y de que no se jugaría á tanto alzado.

Era tal la suerte de Juanito, que aun esta reforma le valió los plácemes del viejo marqués, que tenía, como es natural, esa ceguedad inverosímil y pasmosa de que disfrutaban todos los maridos *minotaurizados*.

Y es que no hay como sentirse monstruo para creer en las cosas más disparatadas.

Los amigos de Azufaiña se encontraban lesionados en su moral, con las deferencias que éste tenía por Juanito, pero ¡qué hacerle! él solía repetir con harta frecuencia:

—Señores, lo confieso, me hace mucha gracia ese chiquillo.

Y como alguien compadecido de la metamorfosis del antiguo Tenorio, pretendiera abrirle los ojos, contestaba tranquilo y sonriente:

—Eso son malicias de la edad. Yo tengo absoluta confianza en María Juana.

Todo se arregló por entonces pacíficamente, porque el leoncillo no sacaba las uñas más que entre el día, y al llegar la noche cuando los piqueros municipales reparten la luz por toda la villa, Juan, convertido en *doncel falaguero y homildoso*, se iba puesto de veinticinco alfileres á casa de María Juana y jugaba hasta la una en punto, hora en que Azufaiña terminaba el juego, para dar plaza al dorado té que, con esquisita escrupulosidad, preparaba la marquesa.

Así eran felices la mujer, el marido y el amante. Pero... siempre tiene que haber un pero en todo paraíso familiar, que dé al traste con la felicidad; un día Juanito no fué á la hora acostumbrada á casa de Azufaiña, y el tresillo se paralizó. Hubo un disgusto horrible; el marqués se durmió á las nueve, con lo cual se le inició una indigestión tremenda. María Juana quiso conjurarla con una taza de té, volcó el agua caliente ¡tan nerviosa estaba! y se quemó las manos.

¡Las hermosas manos que parecían hechas con pastas de jazmines y de rosas!

Nadie durmió aquella noche en casa de los de Azufaiña, y á la mañana siguiente partieron de allí dos cartas para Juanito, una del marqués y otra de María Juana. Ninguno de los dos podía vivir.

Mas el tiranuelo, contestó una excusa cortés al marqués de Azufaiña, y una carta á la mujer llena de promesas amorosas, pero planteando una cuestión extraña: él no podía dejar de amarla, pero tampoco podía ir más á su casa, ni contemplar las caricias que ella hacía á su marido. Aquellos besos conyugales le molestaban. No volvería más á casa de los Azufaiñas.

—¡Qué vergüenza!—pensó María Juana,—ser desgraciada por ese mequetrefe, cuando el coronel Pérez está tan rendido y tan cariñoso, y tan dispuesto á jugar al tresillo.

Convulsa y fuera de sí, pidió recado de escribir y puso la siguiente carta:

«Juanito: Todo ha concluido entre nosotros. Yo sé lo que una mujer casada debe á su marido, y por eso me he sacrificado hasta el extremo de tener amores con un mocoso como usted.

Sin embargo, nunca hubiera reñido con usted, si V. me hubiera dado una prueba de amor indudable acompañando por las noches á mi marido, que es lo único que me complace.

Cónstele á V., pues, que si he sido culpable, lo he sido por amor conyugal.—María Juana.»

Juanito al recibir tan extraña epístola, no pudo menos de exclamar con admiración:

—¡Qué grande y qué buena es María Juana! Yo nunca me perdonaré el haberla perdi-

do; pero ¡qué diantre! me cargaba el ganarle el dinero al pobre Azufaiña.

Han pasado dos meses, durante los cuales el coronel Pérez, exacto como un recluta, ha ido todas las noches á jugar al tresillo.

María Juana sale también todas las mañanas, lo que ha servido para desvanecer las ligerísimas sospechas del marqués, el cual dice ingenuamente á sus íntimos:

—Lo veis como era razonable tener confianza en María Juana.

—¿Por qué se han atrevido á objetarle?

—Porque habiendo reñido con Juanito, continúa por la mañana cumpliendo exactamente con sus deberes religiosos.

Y todos se sonrieron menos el coronel Pérez, que serio y grave se atusaba el bigote con aire indiferente.

RAFAEL COMENGE.

EL TEATRO EN EL JAPÓN

Si las bellas letras no han medrado gran cosa en el Imperio de los dioses, no es por falta de cultura, sino porque las armas cautivaron toda la atención de los hombres. Así es que las mujeres son las que más han contribuido al desarrollo de la literatura japonesa. La más celebre de todas ha sido la bella Murasaki. Esta diosa ha sido el asunto predilecto de los pintores. En platos y jarros veréis á menudo su retrato.

Para el extranjero el espectáculo empieza mucho antes de entrar en la sala. La fachada de un teatro se reconoce fácilmente por su colosal altura, que es siempre infinitamente mayor que las casas vecinas. Dos pequeñas entradas, que vigilan las respectivos porteros. Anchas tiras de tela pintada á grandes rasgos de vermellón, oro y tinta china, representan en tamaño natural las principales escenas de la pieza que se va á representar. Este anuncio parlante no cambia muy á menudo. El repertorio es poco variable.

Hay en Yedo varios teatros. El de Shimabara y el de Naka Bashi, que son los que están mejor situados, no son los más concurridos. El público prefiere las escenas de Asaksa.

Diffícil es describir este célebre sitio sin entrar en detalles. Después de haber franqueado la puerta del Norte de la ciudad, se remonta la orilla derecha del río unos dos kilómetros; atravesando barrios populosos y animados, se llega á un pórtico de piedra seguido de un camino que conduce á un inmenso cercado lleno de monumentos religiosos, templos, capillas y pagodas, sin contar una multitud de casitas de un carácter menos religioso. Esto es Asaksa.

Allí se dan cita la devoción y el placer, los viejos creyentes y los jóvenes libertinos. Los adivinos se confunden con los vendedores de amuletos, de canciones y otras fruslerías. Al lado de las sonámbulas, que hablan de los muertos y de los ausentes, están las barracas de figuras de cera ó de madera: las casas de fieras, delante de los tiros de flecha donde las jóvenes, vigiladas por madres postizas, os invitan á pasar.

Se percibe luego una nueva población: *Yoshivara*. Hacia la derecha están los *shibai-ya* (teatros). En este barrio es donde se acumulan todos los placeres y todas las tentaciones, donde se hacen las grandes partidas y las vulgares orgías; aquí se refugian los ladrones perseguidos de la policía, los que buscan venganzas y los amantes desgraciados. Es donde se fraguan las conspiraciones políticas é intrigas amorosas, y se cambian los golpes de sable entre dos copas de saki (vino). Nos separamos del asunto: volvamos á la *shibai-ya*.

La hora de ir al teatro no es la misma que en Europa. En el Japón las representaciones empiezan á las seis de la mañana, para concluirse á las nueve ó más de la noche, lo que nos da una idea de los buenos pulmones de los actores y de la paciencia de los espectadores, sin contar que cuatro días no son suficientes muchas veces para la ejecución de algunas obras.

Apenas ha salido el sol, el ruido de los tambores nos anuncia que se va á dar principio á la función.

La etiqueta prohíbe á los altos dignatarios, á los letrados y á los elevados funcionarios públicos el ir al teatro, pero sus mujeres se aventuran algunas ve-

ces, más de incógnito; la gran mayoría del público se compone de gente dominguera.

Si para los hombres basta ponerse un vestido limpio, no sucede lo mismo respecto á las mujeres. Obra de romanos es la *toilette* de una soltera; la de las casadas suele ser más de *negligé*. Es preciso llamar la peinadora la noche anterior y dormir con el cuello apoyado sobre una almohada de madera, que se llama *makura*, para no desbaratar el peinado: lavarse bien antes que amanezca, y luego de hecha la limpieza general, se blanquean la cara, cuello, pecho y brazos con una especie de leche de almidón, que produce de lejos, pero de muy lejos solamente, la ilusión de la piel blanca, que es lo que gusta á los hombres japoneses; después, con un lápiz negro, se dan un poco en las cejas, pasando por los labios una ligera mano de oro, que después de algún tiempo se cae y queda una mancha roja. Vienen en seguida los vestidos, que suelen ser preciosos, sujetan éstos con el *obi*, ó faja de seda ancha, de unos cuarenta centímetros, y larga de más de cuatro metros. Se la enroscan por el cuerpo y sujetan por detrás en forma de gigantesco lazo. Es necesario repetir todas esas operaciones con los niños, tomando un ligero desayuno y hacer una provisión de fiambres; tomar un *djin-dikeha* (vehículo con fuerza de hombre) hasta la puerta del teatro. Ya en él, toman su billete, compran luego un programa ilustrado en una vecina casa de thé; entran, instalándose en su sitio.

La sala se compone de un gran tablado cubierto de fina estera á poca altura del suelo. Este es un gran cuadrilátero, que recibe la luz por altas ventanas; todo el suelo de la sala está dividido en pequeños cuadrados regulares, como un tablero de damas; en cada uno se coloca una familia. El piso superior tiene palcos, que son los puestos más solicitados, y una galería, donde se colocan los espectadores de menor cuantía.

Del centro se levanta una especie de tribunas donde se coloca un inspector ó vigilante, desde donde puede fácilmente dominar toda la sala.

A la izquierda hay un palco, destinado á la orquesta, que se compone de tambores, flautas y guitarras de tres cuerdas. Los músicos visten trajes sacerdotales, en memoria de los primeros bailes consagrados á los dioses. Los recitados son casi siempre acompañados por la orquesta. Durante doce horas el público escucha con placer, sin dar la menor prueba de cansancio lo que atestigua la paciencia de la raza.

De cada lado de la escena parten dos largas y estrechas plataformas á través de la sala y al nivel de la cabeza de los espectadores, por donde muy á menudo entran los actores atravesando toda la platea. Esta singular disposición permite algunas veces sostener tres escenas al mismo tiempo: una á la izquierda, otra á la derecha y la principal en el escenario.

La entrada de uno de sus actores favoritos, es una explosión instantánea y general.

Es tan realista el drama, que algunas veces el público se identifica con el espectáculo, produciendo una tempestad de exclamaciones, que alguna vez interrumpen la representación. Ordinariamente tiene el auditorio más calma. El aplauso es allí completamente desconocido.

Por lo general los actores pertenecen á las últimas clases sociales: éstos son á menudo objeto de vivo entusiasmo: aficionado hay que abre su bolsillo y su crédito á cambio de tener el derecho frecuentar el escenario. Algunos han sido muy llorados á su muerte por toda la población y magníficamente enterrados. Su salario en general no pasa de 5.000 pesetas por año para los mejores: á menudo sucede que el empresario les asocia á los beneficios y sin sueldo fijo. Algunos trabajan gratis con el objeto de hacerse conocer del público.

Jamás representan mujeres; los juvenes son los que las sustituyen: se visten tan bien y se caracterizan tan admirablemente, que la ilusión es completa. El órgano vocal es el único que les hace traición.

La maquinaria y los efectos escénicos están muy por encima del teatro chino. Si el decorado peca, como todos los dibujos japoneses, de falta de perspectiva, los demás accesorios son de una realidad excesiva. Los cambios á la vista se verifican por medio de una plancha circular, que coge todo el escenario, parecida á la de los cuadros vivos: gira á una señal con todos los personajes, entre los cuales continúa el diálogo; después se presenta el otro semicírculo opuesto, y otros actores están ya en el

curso de otra conversación. Esta disposición les vendría de perilla á muchos de nuestros autores, suprimiendo la gran dificultad de entradas y salidas.

Una de las cosas más raras para nosotros es el papel que desempeña la *sombra*. Un individuo vestido de negro y encapuchado, que se va siempre detrás del actor siguiendo todos sus movimientos. Es necesario acomtumbrarse á esta forma negra que se pasea por la escena; pero en el teatro es todo convencional. Una vez admitida, la sombra presta grandes servicios, entre otros, cuando oscurece, el de aguantar una luz en el extremo de un bastón, ponerlo delante de las narices del actor para iluminar los gestos y su fisonomía.

Los autores no estiman la belleza como nosotros: ellos creen que hacen bello haciendo enorme; la cuestión es causar la admiración y el espanto. Los actores se sobreponen á los autores en esta materia. La voz cavernosa, que hacen subir hasta las notas más agudas, y luego bajan produciendo sonidos sordos. Es un modo de declamar mezclando la armonía imitativa. Cuando quieren expresar la cólera, rugen, echan espuma por la boca, se tiran al suelo para luego levantarse más furiosos; enseñan los dientes, hacen girar los ojos, se arrancan los pelos y simulan fuertes convulsiones. En estas escenas trágicas presentan heridas, que manan sangre, fingiendo fuertes dolores. La cabeza del enemigo muerto rueda por el suelo. Toda agonía, se prolonga para que el público se haga cargo de los dolores físicos que sufre el herido antes de morir. Aconsejo á nuestros realistas que den una vuelta por aquel país, para que vean el verdadero realismo.

El lector comprenderá fácilmente que esta mímica no sería posible aguantarla por espacio de doce horas; así es que estas escenas se mezclan con episodios de la verdadera comedia, de una verdad algo prosáica, pero de una intención redomada y representada con perfecta naturalidad.

Para el europeo, el primer día que pasa en el teatro, es día de fastidio, por lo que jura que ya no volverá; pero si éste es discreto y se toma la molestia de hacerse traducir los trozos más culminantes de la obra, si tiene en cuenta la semejanza directa del teatro con el culto primitivo, así como las condiciones en que se desarrolla, y compara su historia á la del nuestro, entonces encuentra un fértil campo de observación.

BUTZ.

UN REGALO DE BODA.

Caminaba una apacible tarde del otoño por una de las sendas que dan acceso á la Alhambra, magnífica obra que sirve de diadema á la morisca Granada, contemplando á mi frente la nevada sierra, viendo deslizarse bajo mis plantas los ríos Darro y Genil; á la ciudad como indolente sultana reclinada en la falda del monte, el Generalife, la hermosa vega y la dilatada llanura que el horizonte, llena de blanquísimos cortijos.

Mi mente, rasgando el velo de lo pasado, volaba á aquellas edades en que el estandarte de la media luna ondeaba en aquellos muros; me parecía ver teñido en su sangre al último Abencerraje; admiraba los contornos del celestial rostro de Zalima, y veía á los Católicos Reyes dejar su campamento de Santa Fé y entrar en el último asilo sarraceno, precedidos de la inmortal aureola de la gloria, dando fin, el temblor en aquellas plazas la enseña de la cruz, á la gloriosa epopeya de ochos siglos.

Veía al marino de Génova, al inmortal Colón, postrarse ante la augusta Isabel, ofreciéndola un mundo oculto aún entre las espumosas ondas del mar, y aquella mujer, descubrir en la noble frente del loco la fúlgida llama del genio.

Y por último, establecía un paralelo entre aquellos días y la época presente, llenándome de admiración al ver aquellos atletas de la arquitectura, aquellos hombres que llenaron España de ciclopeas obras, ignoren hoy hasta la manera de construir sus hogares.

¡Espantosa degeneración!

Marchaba entregado á estas meditaciones, cuando llamó mi atención un objeto medio oculto entre el follaje.

Me aproximé, le cogí y ví una cartera de piel de Rusia con una E de plata.

La contemplé algunos momentos, iba á abrirla

y me detuve, censurándome aquella curiosidad, guardándola con objeto de anunciarla en un periódico á fin de llegar á manos de su dueño.

Cuando volví á mi habitación, una idea me hizo registrarla; ver si contenía algún documento ó tarjeta que pudiera orientarme acerca de su dueño; pero nada, sólo encontré un retrato de mujer hermosa y cuatro cartas trazadas con la misma letra y firmadas con el nombre de *Luisa*.

Aquellas cartas registraban cuatro fechas. Abril, Junio, Octubre y Enero y su contenido eran estas cuatro estaciones asimiladas á una vida.

Las mil florecillas con que se adorna la naturaleza, arrulladas por las primeras auras primaverables, los conciertos de mil alados trovadores que ocultos en la floresta saludan con arpada lengua los primeros destellos de la aurora, el encaje con que adorna el lago sus ondinas, la armonía, en fin, era aquella carta primera, trazada por la mano de una mujer que sentía despertar su corazón á los primeros efluvios del amor.

El fuego estival, la virilidad, la naturaleza en su exuberante grandeza, la fuerza creadora, un volcán en erupción, é aquí la segunda.

La madurez, las primeras ráfagas de futuras tempestades, las hojas desprendiéndose de los árboles, los árboles contemplando el principio de su desnudez los primeros crespones que empañan el cielo, resumen la tercera epístola, y la última... la inmensa sábana de nieve que oculta el verdor de la pradera, el cielo encapotado, el hielo que cristaliza las linfas del lago, el torrente que se desborda, el huracán que troncha con ímpetu violento los añosos robles, la muerte de las armonías de la creación.

Amor, locura, desengaño, dolor: esto eran las cuatro cartas que la casualidad puso en mis manos.

¿De quién eran? ¿Quién sería aquella Luisa? ¿Acaso aquel retrato era suyo ó la causa de su sufrimiento? ¿Quién ocasionó aquellos pesares?

De este modo me interrogaba sin conseguir descifrar el enigma, escitando más y más mi curiosidad.

Pronto me sería posible conocerlo, anuncié el hallazgo en todos los periódicos de la localidad y esperé que vinieran á recojerlo, dispuesto á no perdonar entonces medio de poseer el conocimiento exacto en todo.

Pero, esperé en vano, pasó un día, un mes y nadie se presentó á hacerme la reclamación de la cartera.

Sin esperanzas ya, ni de encontrar su dueño ni de averiguar el argumento de aquella comedia de amor, guardé cuidadosamente aquellos objetos que no quería abandonar nunca.

Dos meses más tarde y encontrándome á la sazón en Madrid, iba una fría noche por la calle de Embajadores y al pasar ante la Inclusa, ví, medio oculta en el cerco de su puerta, una mujer que llevaba un bulto entre su miserable abrigo.

La noche era oscura y no podía detallar sus facciones.

Al pasar por su lado me tendió la mano y su voz trémula no pudo acabar de pedirme una limosna.

Aquella voz estaba ahogada por un torrente de lágrimas.

Detuve mi paso, la miré fijamente y sus ojos se fijaron en el suelo, inclinando su cabeza como agobiada por el peso de la vergüenza.

Escitóse mi curiosidad, la interrogué su situación para hallarse, en tan cruda noche, tan falta de abrigo, expuesta á los rigores de la tempestad que amenazaba.

Un suspiro profundo, nuevas lágrimas y el mismo silencio, siguió á mi pregunta.

Yo miraba el sufrimiento personificado de aquella mujer, veía en ella uno de esos seres de alma elevada que, mecidos en dorada cuna, son juguete del infortunio, y esta idea movía mi interés en pro de su desgracia.

Calmé su zozobra, procuré alejar su desconfianza y conseguí por último alcanzar de ella una respuesta.

—Caballero—me dijo con voz casi imperceptible—no extrañe V. mi emoción, es la primera vez que tiendo mi mano á la caridad, y la vergüenza de pedir una limosna, unida á la desesperación que mina mi existencia, me han hecho desfallecer; soy muy desgraciada, he apurado hasta las heces el cáliz del dolor y parece que Dios me abandona en el mar proceloso de la vida, sin poner al alcance de mi mano una tabla de salvación.

—No desconfíe V. de Dios—la dije—que no ha de abandonarla, vuelva V. sus ojos á Él y encontrará un lenitivo á su amargura, pídale V., que quien no abandona al insecto, quien no olvida enviar brisas y rocío á las plantas, es imposible deje á sus criaturas; el dolor nos agobia y por eso lo creemos tan eterno, como fugaces las horas de placer que nos deleitan.

Mi palabra, no se si elocuente en aquél momento, pero suficiente á hacer latir su corazón, hizo un efecto prodigioso.

Y aquella mujer cayó de rodillas en el suelo y elevando sus ojos al cielo, dijo:

¡Perdon, Dios mio! Es verdad. ¡Tú no eres nada en el mundo! ¡Tú á todo le das vida! ¡Tú no eras quien me olvidaba, era yo, miserable ser, quien me olvidaba de tí!...

Y como asaltada por otro pensamiento, poniéndose de pie, se acerca á mí, coge mi mano con la suya helada, y me dice:

—Caballero, mi padre anciano se halla postrado en el lecho y quizá en estos momentos vé acercarse á él la muerte, este niño que llevo en mis brazos, está exánime, V. es un ángel que Dios me envía, usted me ha enseñado el principio de la senda de la felicidad, guíeme V. á su fin!...

Le ofrecí mi brazo que ella aceptó maquinalmente, y la dije:

—Corramos á salvar á su padre, salvemos á su hijo.

Y partimos veloces, llegando á los pocos momentos á una miserable boardilla de la calle del Mesón de Paredes.

Sobre un lecho pobre, se veía un anciano tendido en cuya faz se hallaba impreso el sello del infortunio y en cuyos ojos estaba pintada la muerte.

Al mirarle, comprendí que su vida luchaba por desprenderse de la materia y salí precipitadamente en busca de un médico.

Una hora después, y gracias á los medicamentos prescritos por el facultativo, reposaba el anciano más tranquilo, la joven había cobrado fuerzas con algún alimento y el niño bebía en el pecho de su madre el vital jugo lácteo.

Entonces la desgraciada joven, acercándose á mí, dijo:

—Las circunstancias que han traído á V. á esta pobre morada, le parecerán misteriosas, le soy deudora de la más profunda gratitud y me creo en el deber de informarle de todo cuanto me hace sufrir, escúcheme V.

Hace poco más de un año me encontraba en Granada con mi cariñoso padre, entregada á los transportes de la felicidad, porque rodeada de halagos, misma por la fortuna y adúlada por la sociedad, carecía de tiempo para sufrir.

Un día, sentí un latido más violento en mi corazón, noté que tenían eco en él ciertas frases que antes oyera con indiferencia y me ví sorprendida por el insomnio, reemplazando á mis sencillas distracciones, cierta melancolía extraña.

Empezaba á sentir amor.

Desconocía ese mundo de sesiones, absorbía todo mi ser en las armonías de un te amo! para mí más elocuente que la misma sublimidad.

Y no sabía que los transportes de aquel amor convertido en idolatría, me arrastraban á una pendiente en que había de hallar la muerte de mi felicidad.

Así fué, llegó un momento en que la fría razón disipó los rosados velos de las ilusiones, y se presentó á mi vista en su horrible desnudez el espectro de mi desgracia.

Entonces quise buscar el apoyo á mi agobiado espíritu en los brazos del hombre que me juró amor eterno, y al arrojarme en ellos, encontré el vacío, me faltaron y caí en el lodo mundano, encenagando en él mis vestiduras.

¡Cuánto lloré! Pero... ¡Qué inútil llanto!

La sociedad respondía á mis quejas con una sarcástica carcajada, y prodigaba en tanto sus aplausos al miserable seductor.

Sólo ese anciano, cuya frente manché con la deshonra, me perdonó, dándome asilo en sus brazos paternales.

No era entonces un hombre. ¡Era un padre!

La desgracia seguía blandiendo su arma fatal sobre nosotros, y tras aquel terrible mal, vino ¡hasta la miseria!

Nació el fruto de aquel amor infausto y ví á mi

padre postrado y yo imposibilitada de poder acudir en su auxilio; entonces...

Al llegar á este punto, la infeliz prorrumpió en continuos sollozos, ardientes lágrimas vertían sus pupilas y estrechaba convulsa á aquella inocente criatura.

—Calme V. su espíritu—me apresuré á decir, y al mismo tiempo que deseaba conocer el final de aquella historia, la hubiera perdonado por no verla sufrir, pero tomando fuerzas prosiguió muy quedo:

—Entonces; quise pagar una deuda de gratitud: mi hijo era mi vida, apartarme de él era arrancarme el corazón, pero antes que mi vida, antes que mi corazón, antes que todo era mi padre, y el tormento del martirio sería dulce para mí, sufrido por el que supo ampararme á costa de su honor.

Esta idea suprema me hizo salir esta noche é ir al sitio donde V. me ha visto, pero... ¡No quiero ocultar nada!... iba, á depositar mi hijo en aquella casa!... ¡iba á arrojarle de mis brazos como madre desnaturalizada! ¡Hijo mio!...—y su labio cubría de apasionados besos la faz de aquel ángel. ¡Besos de madre!...

—¡Cuanto he luchado en aquel sitio fatal!

Veía á ese anciano morir por falta de cuidado, y mi mano se extendía hacia el torno; pero al mismo tiempo sentía unirse á mí con fuerza, esta que iba á ser víctima del drama.

¡Era imposible! ¿Quién es capaz de arrancarse el corazón y depositarlo lejos del pecho, si antes de consumir su deseo le sorprendería la muerte? por eso no pude apartarme de mi hijo, y buscando un medio de salvar la barrera de la desgracia que cortaba mis pasos, me decidí á pedir una limosna.

Usted sabe lo demás.

Aquella revelación me llenó de asombro, esta mujer era una heroína, una mártir.

Después de esta larga conversación, procuré distraerla, aunque sólo vagas preguntas podía formular, pues hasta tal punto me hallaba preocupado.

Le pregunté su nombre.

—Luisa...

Pocos momentos más tarde, rendida por tan repetidas emociones se quedó dormida.

Parecía la estatua del dolor.

Hermosa como una creación ideal, pálidas sus tersas mejillas, apenas coloreados sus finísimos labios, oscurecidas por sus largas pestañas la concavidad de sus órbitas, suelta en naturales rizos su negra cabellera, formando un lazo sus torneadas manos alrededor del niño, movido su turgente pecho por intermitentes suspiros. ¡Ah! Luisa era la paloma víctima de las feroces garras del halcón...

Cuando preocupa la mente una idea triste, recordamos siempre otros hechos que puedan tener analogía con el que nos asalta, y así, que yo, registré uno por uno, en mi memoria, todos los que me hicieron aquel efecto durante el curso de mi vida.

Y llegué á un punto en que me detuve para pensar más; recordé un retrato, y comparado con aquel rostro, sólo había la diferencia de la expresión, en el papel era dulce, amarga en aquella cara, pero las mismas facciones.

Recordé cuatro cartas que pintaban un amor infortunado, acababa de escuchar la narración de otro amor, y entre ambos sólo variaba en que aquellas excitaban la curiosidad y éste el sentimiento, pero las mismas causas y los efectos los mismos.

El sitio en ambos casos, Granada.

El nombre de la protagonista, siempre Luisa.

¿Sería aquella mujer el original del retrato guardado en la cartera que encontré en el camino de la Alhambra?

No cabía duda, cada vez me cercioraba más, de que la casualidad me ponía en relación directa con aquel asunto que un día llamó tanto mi atención.

Cuando despertó, la hice mil preguntas, y sus respuestas me dieron la completa certidumbre.

Y cuál no sería mi sorpresa, al escuchar el nombre del miserable que de tal modo había jugado con aquella inocente.

¡Era el mejor amigo de mi vida!

Un rayo de luz cruzó mi mente.

Aquella mujer me había dicho:

«Usted es un ángel que Dios me envía, V. me ha enseñado el principio de la senda de la felicidad, guíeme V. á su fin!...

Y yo me decidí en aquel momento á conducirla á aquel fin, que ella ni aun soñaba!

Confiado en el ascendiente que tenía sobre mi amigo, me hice la solemne promesa de enjugar aquellos ojos y volver la calma á aquel herido corazón.

Algunos días después, dejando ya restablecido de sus dolencias al anciano y aliviando con mis esfuerzos pecuniarios la amarga situación de aquella familia, salí para Granada.

Un mes duró mi permanencia en la hermosa ciudad del Darro, y al abandonarla, acompañado de mi amigo Eduardo, llevaba el corazón henchido de placer.

Había conseguido mi deseo...

Yo era el padrino de una boda que se efectuaba dos meses más tarde, día en que Luisa y Eduardo vieron, postrados ante el altar, descender sobre sus cabezas las bendiciones del cielo, al ser unidos en eterno lazo por el venerable sacerdote.

Mi principal regalo de boda fué la cartera con las cuatro cartas y el retrato.

Aquel día se disiparon las sombras que envolvían á la desdichada Luisa, se trocaron dentro de su pecho los dolores en placeres y la sociedad que antes la escarneciera, la esperaba á las puertas del templo para prodigarla sus saludos.

Si la felicidad la concedió sus dones, no fué capricho de la voluble fortuna, sino el premio que Dios concedía á la que supo ser hija y madre cariñosa.

R. ORTÍZ Y BENEYTO

REVISTA DE MADRID

Ya estamos en Setiembre. El mes lánguido, crepusculo vespertino del año, que recoge los últimos resplandores y las postreras llamaradas del abrasado día del verano, y despliega las primeras sombras y exhala los primeros suspiros de la fría noche del invierno.

Los ardientes días caniculares se apagan en el día tercero del templado Setiembre; porque en la naturaleza, como en la humanidad, tras los días tormentosos llegan los días bonancibles, y en pos de la opresión y de la angustia, sobrevienen la libertad y la expansiva calma, que á su vez serán reemplazadas por la adversidad y el dolor; que en esta interminable alternativa consiste la sublime variedad que resplandece en la armonía del universo.

Distínguese Setiembre de los meses anteriores en que un cielo azul y despejado nos reverbera su luz espléndida, y en que un sol refulgente caldea la atmósfera; pero ni esa luz nos deslumbra, ni ese calor nos angustia y sofoca; antes bien, la temperatura es dulce y moderada; los días risueños y agradables nos ofrecen hermosas perspectivas, y las tibias y serenas noches nos impregnan de cierta humedad y frescura que se hace más sensible á la madrugada.

Las lluvias alternan con periodos de tiempo despejado, y el campo nos llama á disfrutar sus delicias, vistiéndose de nuevo verdor cuando le han regado los rápidos aguaceros.

Las flores vuelven en este mes á esparcir fugazmente su fragancia; en el espacio y en la naturaleza todo parece que se esfuerza en mostrarse espléndida y engalanada en estos últimos días que preceden á la época más sombría del año.

Los hermosos panoramas que recrean nuestra vista y nuestro ánimo y el templado ambiente henchido de luz de electricidad y de oxígeno que nos rodea, inundan nuestro ser de una misteriosa alegría, de un bienestar inexplicable, y despierta una suave reacción en todo el organismo. El aire es más denso y proporciona mayor alimento á los pulmones; crece el apetito, y la digestión se hace más pronta y fácilmente. Disminuye el sudor y aumentan las secreciones nasal, bronquial y urinaria. Desvanécese aquella opresión soporífera que embarazaba los movimientos, y la inteligencia recupera otra vez su peculiar actividad, en tanto que el espíritu y los sentidos se espacian en la contemplación de los encantadores panoramas que la naturaleza despliega fugazmente ante nosotros, á modo de cariñosa despedida.

Pocos son los asuntos de que podemos ocuparnos que no se rocen con la política; pero no queremos hablar de política. Política es la ciencia de la gobernación de los pueblos. Nos expondríamos á no encontrar en el análisis científico ni pueblo ni ciencia.

No queremos hablar de política, porque estamos en un periodo en que de tanto hablar de ella, ha llegado la exaltación de los ánimos á un grado tal, que es muy posible que nuestros lectores no continuarán leyendo esta revista.

Nuestra misión, en esta sección de LA AMÉRICA, es mucho más agradable. Nos ocuparemos de todo aquello que, ni directa ni indirectamente, tenga nada que ver con la ciencia de gobernar á los pueblos.

Y si no hablo de política ¿de qué hemos de hablaros, carísimos lectores?

Heme aquí suspenso con la mano sobre el papel y la pluma en la mano, y en la punta de la pluma una gota de tinta que parece hincharse por momentos, y que solo espera mi voluntad para caer y esparcirse corriendo en torcida hilera de letras, como oscura sierpe cilla sobre la nieve; heme aquí suspenso por falta de notable asunto que corone esta revista, y dudoso acerca de cual tema debo elegir entre los poquísimos que se me ofrecen al pensamiento...

Ya he hablado del tiempo y de la estación, que es el

gran recurso, siempre que no tiene uno nada más agradable que tratar.

Burla burlando, es el caso que hemos escrito una buena parte de nuestra revista sin tener asunto concreto y determinado para ello.

Penetrado de la importancia y convencido del respetable papel que siempre representó el mes de las vendimias y de las ferias, habrán de permitirme mis bondadosos lectores que vuelva al principio, es decir, al tema con que inicié esta incolora revista.

Setiembre no es para los madrileños un mes como otro cualquiera, es la era de las grandes esperanzas: la aurora de las emociones, de los saraos, de los artistas, del año delicioso del gran mundo y del año culinario de las patronas de huéspedes.

Madrid renace: vuelven las aristocracias bañadas y frescas; vuelven los políticos saturados de azufre, de sales ó de algas marinas que reclamaban sus aficiones ó sus achaques; vuelve el ejército de mujeres hermosas y distinguidas, sin las cuales no se explican nuestros gomosos sedentarios que Madrid haya podido vivir un sólo día; vuelven los estudiantes hambrientos de ciencia y de diversión, con los bolsillos más repletos y los corazones más expansivos, y el arte dramático, por último, empieza el concurso á la competencia de autores y de actores, abre sus abonos y se ayuda con los días de moda, y se pasea sin descanso desde la escena clásica del que fué un día Corral de la Pacheca hasta las modestas tablas de Martín ó Variedades.

Entre las diversas noticias que contienen los periódicos de estos días, leo una por extremo interesante.

Es esta la llegada á Lisboa de los intrepidos exploradores portugueses Capello e Ivens, después de haber recorrido las comarcas africanas que forman el fondo de las provincias de Angola y Mozambique.

Sus compatriotas han dispensado á tan ilustres viajeros una respetuosa acogida: una verdadera fiesta nacional, una ovación majestuosa, á que han contribuido desde el jefe del Estado y sus ministros, hasta la oscura muchedumbre que llenaba las riberas del Tajo y las calles de la ciudad.

La reseña del viaje de exploración de Capello é Ivens es una verdadera epopeya. Salieron en Marzo de 1884 al frente de 120 hombres reclutados en San Pablo de Loanda y Mosamedes; reconocieron la zona que media entre

la costa y la meseta de Huilla; establecieron la verdadera hidrografía del distrito de Handa; y siguiendo el curso del Cubango, avanzaron hacia el S. E. hasta los 16.° 20' de latitud, en donde se encontraron en un país desierto, de apariencia agradable, surcado de arroyuelos, y tan pantanoso y traidor, que hombres y bestias se hundían en aquel terreno blando, teniendo, para salvarse que improvisar puentes rústicos ó llenar de ramas el suelo. El 21 de Julio por la noche empezó la dispersión que era la ruina de la empresa; y luchando por impedirlo, y arrojando toda clase de peligros, atravesaron el país de Lobale, pasando dos meses en sus tristes y largas campiñas hasta llegar á Libouta en la parte septentrional del río Zambeze, con el fin de establecer las relaciones entre los nacimientos de este río, que desemboca en el canal de Mozambique, y el río Zairo, que desagua en el Atlántico por la costa occidental. Llegados á Libouta, atravesaron el Zambeze, y en su margen izquierda preguntaron por el país de N. E., respondiéndoles todos que era tierra deshabitada y llena de elefantes.

Seguendo río arriba hallaron al fin un afluente, que por su caudal de aguas confundieron con el mismo Zambeze; no era tal, sino el Campombo; en fin, reconocieron el lago Moero, no sin perder desde Libouta diez y seis hombres de picaduras venenosas, y muchas bestias y todos los perros de caza, pasando grandes trabajos en aquella región, desierta enteramente hasta Garanganja, que es el mercado mayor del Africa central, descubriendo las fuentes del Sualaba y hallando las relaciones buscadas del Zairo y el Zambeze, para lo cual, avanzando desde el Sur de Garanganja hacia el Este, reconocieron el curso del Luapula. Nuevos desiertos y privaciones; estuvieron perdidos cuarenta y dos días, y al fin, rendidos y sin fuerzas, llegaron otra vez al Zambeze, siendo recibidos por la colonia portuguesa de Tete, donde entraron á bandera desplegada con grandes aclamaciones. Allí descansaron y completaron sus trabajos, estudiando el curso del Zambeze, y embarcados en la costa oriental de Africa, regresaron á su país por el Cabo, tocando en todas las posesiones portuguesas.

El resultado de tan arriesgada como intrepida exploración, en que recorrieron 4.200 millas, 1.500 en países desconocidos para el europeo, y que costó sesenta y dos hombres entre muertos y extraviados, ha sido de gran provecho para la ciencia y para la nación lusitana. Primero, por haberse hallado las relaciones entre los dos grandes ríos del Oriente y Occidente; segundo, por haberse estudiado el mercado importantísimo de Garanganja, y tercero, por el reconocimiento y hallazgo de la vía mercantil que puede unir las dos posesiones portu-

guas del Este y Oeste de Africa, lo cual, unido á las ricas colecciones botánicas y zoológicas, y á las cartas y observaciones que han reunido los ilustres viajeros, hacen de su exploración una de las más interesantes y provechosas que se han realizado hace mucho tiempo. Tan interesante relación parece una de las prodigiosas novelas en que Julio Verne describe aquellos fantásticos viajes.

Los amantes de las ciencias esperan impacientes la publicación de las memorias que ha de describir tan importantísimo viaje.

Algunos teatros han publicado ya las listas de sus compañías.

Para el público aficionado á los espectáculos escénicos, la temporada se presenta bajo los mejores auspicios. Indudablemente si las empresas quieren defender sus intereses, tienen que sostener una lucha siempre benéfica para los espectadores.

Vico y Victorino Tamayo en el Español; Valero, la Hijosa y Morales en Novedades; Rubio y Castilla, secundados por una compañía cómico-francesa en la Comedia; Arderius en la Zarzuela; María Tubau y Mata en Apolo, y en Lara, Eslava, Variedades y Martín, compañías líricas y dramáticas muy queridas del público, han de fraccionar á este, que además cuenta con dos elementos que hacen estremecer de espanto á las otras empresas; el teatro de la Princesa, que se inaugurará en los primeros días del mes próximo, y el Real, ese monstruo que absorbe las tres cuartas partes del dinero destinado á diversiones públicas y que se presenta este año con una excelente lista.

La actividad de actores y empresarios es seguramente la que ha de decidir la victoria. De tantos coliseos alguno tiene desgraciadamente que caer. Los que triunfen de esta reñida campaña, tendrán la satisfacción de a honra y del provecho.

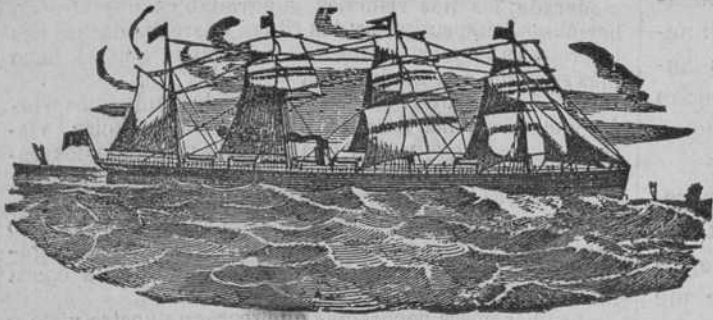
¡Trabajen todos con ardor en pro del arte!

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

Imprenta de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA

COMPANIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA con escala y extensión á las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 21, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, on extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Obispo, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacifico, hacia aiote y Sud del Istmo.
El 10, de Cádiz, el vapor España.
El 20, de Santander, Méndez Núñez.
El 30, de Cádiz, Antonio López.

VAPORES-CORREOS A MANILA con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebú

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25 Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.
El vapor Isla de Panay saldrá de Barcelona el 1.º de Octubre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques. Para más informes en

Barcelona: La Compañía Trasatlántica; y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la Compañía general de Tabacos.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favorece.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales. Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contención gratuita á las consultas que se dirigen á las Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES SEVILLA Rev.

1.º Biblioteca de las tradiciones populares españolas, escritas por todos nuestros mitógrafos y folkloristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS. Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de El Cosmos editorial, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera d3 San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen et,